3235

Desde el
umbral de la
muerte.

DESDE EL UMBRAL DE LA MUERTE.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	D.ª Matilde Diez.
CLEMENCIA	Gertrudis Castro.
LUZ	Sofía Alverá.
DON FÉLIX	D. Manuel Catalina.
DAMIAN	Antonio Vico.
LICENCIADO CARRANZA	Florencio Romea.
GAMBOA	Miguel Cepillo.
DON RODRIGO	Julio García Parreño.
PEPE	Julian Romea.

La accion pasa en Ayamonte.—Año de 1808.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala en la casa de un pescador rico. Puerta en el fondo para las salidas y entradas del exterior. En el ángulo de la derecha una ventana que mira al mar: en el de la izquierda un altar, en el que habrá un cuadro con la imágen de la Santísima Vírgen del Cármen, una lámpara encendida y varias velas apagadas. Al lado del cuadro de la Vírgen un pedazo de bandera real de España hecho girones. En el costado de la derecha una puerta; otra en el de la izquierda, y el hogar encendido debajo de una gran campana de chimenea. Colgados de las paredes y convenientemente distribuidos por la escena, efectos navales, como vergas, trozos de mástiles, barricas, timones, redes, cables enroscados y demas objetos de jarcia.

Aparecen María hilando cerca del hogar y Luz mirando al mar desde la ventana. Es el principio de una noche de tempestad.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, LUZ.

LUZ. (Santiguándose al ver brillar un relámpago.)
¡Ay, qué noche... Vírgen Santa!
¿Cerraré, madre?

MARIA. Bien, cierra.

LUZ. (Cerrando.) El cielo, el mar y la tierra

257070

tienen un cáriz que espanta.

MARIA. Algun chubasco... Si hay truenos
no te asustes ni anonades;
que en pos de las tempestades
vienen los dias serenos.
Ademas ya debe estar
en tierra toda la gente,
y tu padre felizmente
hoy no ha salido á la mar.
Si la tempestad avanza
aquí nos hallamos bien:
vendrá tu padre; tambien
el Licenciado Carranza;
oiremos su buen decir;
junto al hogar charlaremos;
se irá; despues rezaremos
en santa paz, y á dormir.

LUZ. (Se sienta junto á su madre y se pone á repasar las mallas de una red.)
La tempestad va á romper
y tengo un susto mortal.

MARIA. Hija, lo que es natural
no nos debe sorprender.
¿Á qué ese temor insano?
Todo ello no es más que ruido...
Nadie dirá que has nacido
en las rocas del Oceano,
hija de un lobo de mar,
que sin mezquindad ni pena
tiñó con su sangre buena
las aguas de Trafalgar.

LUZ. No temo yo, madre mia,
el espectáculo horrendo
del vendaval, ni su estruendo
llega á turbar mi alegría.
Sólo ocasionan mi afan
esos pobres navegantes
que irán en estos instantes
á merced del huracan.

MARIA. Cierto; ¿á quién con su azarosa
fatiga habrá que no alarmen?
Pero la Vírgen del Cármen

por todos vela amorosa,
y á todos sabrá salvar;
que ella las ondas aplaca
y al triste náufrago saca
de los abismos del mar.
Mas por hoy, gracias á Dios,
embarcado no hay ninguno
de los nuestros.

LUZ. Tal vez uno...

MARIA. ¿Uno?

LUZ. Sí, y acaso dos.

MARIA. Ya!... tu hermano tal vez sea...

LUZ. Con don Félix navegando...

MARIA. ¡Siempre en don Félix pensando!
¡siempre en él fija tu idea!

LUZ. Si me ha salvado la vida
en una noche de horror;
si él es nuestro bienhechor...
¿no he de ser agradecida?

MARIA. Agradecida has de ser,
porque es una gran virtud
siempre que la gratitud
no pase de agradecer.

LUZ. Yo...

MARIA. ¡Dios te libre de mal!
y, pues que estás en un potro,
sabe que el uno y el otro
han llegado á Portugal.

LUZ. (Muy agitada.) Ya en el suelo portugués!...
¡Dios mio! ¿tan cerca están
de Ayamonte?... ¿y no vendrán?...

MARIA. ¿Lo ves, Luz mia, lo ves?
Mis temores no eran vanos:
tan agitada te hallas,
que ya no ves ni las mallas
que tienes entre las manos.

LUZ. Pues si están en Portugal,
¿no es natural mi alegría?

MARIA. Sí; natural, hija mia;
¡demasiado natural!
Buena y sana es tu aficion:
su calor aún no te abrasa;

mas yo leo lo que pasa
en tu pobre corazon.
Y para que no te aflija
mañana una gran tristeza,
te hablaré con la franqueza
que una madre habla á su hija
Estás con toda tu fe,
sin darte cuenta de nada,
ciegamente enamorada
de don Félix.

LUZ. Yo no sé...
En mis sueños su sonrisa
descubro, su faz donosa,
y oigo su voz cariñosa
al murmurar de la brisa.
Si las ondas miro, allí
su dulce imágen se encierra:
si huyo á esconderme en la sierra,
él va delante de mí.
Creyendo que son antojos
ó visiones del deseo,
los ojos cierro ¡y le veo!
por más que aprieto los ojos.
¿Cómo es esto, madre mia?

MARIA. ¡Ay, mi Luz!... qué lejos vas.

LUZ. ¿Será esto amor?

MARIA. Eso es más
que amor, es idolatría.
Entrada en tu pecho has dado
á una pasion...

LUZ. Ay de mí!

MARIA. Y adorar al hombre así,
hija, es muy grande pecado.

LUZ. Yo, señora, no he querido...

MARIA. Es verdad; pero con todo...

LUZ. ¿No ama usted del mismo modo
á mi padre?

MARIA. Es mi marido.
En él nuestra fe se encierra:
amor, honor y reposo,
¡todo es de él!... que es el esposo
nuestro señor en la tierra.

Conque ya ves, siendo así,
no cabe comparacion
entre una y otra pasion:
don Félix no es para tí.

LUZ. ¡Para mí nunca será!
pero, madre, ¿y si él quisiera?

MARIA. No lo será; no hay manera...
mas no esperes, no querrá.
No es todo el panal azúcar:
es noble, un gran caballero,
y sobrino y heredero
es del señor de Sanlucar.
Y aquí el deseo no basta:
no se casan los señores
con hijas de pescadores:...
cada casta con su casta.

LUZ. Pues bien pudiera bastar,
porque mi padre y señor,
es ántes que pescador
un héroe de Trafalgar.

MARIA. Un héroe, ¡mucho que sí!
pero no vueltas le des:
tambien don Félix lo es,
él tambien estuvo allí.
Pero con tan mala suerte
de la refriega salió,
que desde entónces quedó
á las puertas de la muerte.
Su alivio en vano procura;
y será bien que no ignores
que en opinion de doctoros
sus males no tienen cura.

LUZ. ¡Y morirá!...

MARIA. Acaso un dia...
un milagro, ¿qué no alcanza?
mas por hoy no hay esperanza;
esta es la verdad, Luz mia.
En ello medita un poco
por nuestro bien, y concluyo:
si noble, no ha de ser tuyo,
y si incurable, tampoco.

LUZ. ¿Y no he de pensar en él?

MARIA. Piensa lo ménos posible,
porque amar un imposible
es un amar muy cruel.
LUZ. Su mandato reverencio;
pero ¡ay madre!
MARIA. Si te vales...
DAMIAN. (Dentro.) ¡Venga un farol de señales!
MARIA. Tu padre viene, silencio.

ESCENA II.

DAMIAN, MARÍA, LUZ.

Sale Damian apoyado en un baston muleta, y con un farol encendido.

DAMIAN. ¿No he de cantar aleluya
mal que le pese á las parcas?
MARIA. ¿Han arribado las barcas?
DAMIAN. Una falta.
LUZ. ¿Cuál?
DAMIAN. La tuya.
Mas no te apures, mi sol;
ya viene el patron Gamboa
rompiendo mar con la proa.
Toma, enseña ese farol.
(Lo cuelga Luz por fuera de la ventana.)
Que mis fuerzas, en verdad,
hoy se niegan á servir...
(Dirigiéndose á la ventana.)
Pero aún mi voz se hace oir
en medio la tempestad.
(Agrupados á la ventana.)
Ved la barca, ¿la veis?
MARIA y LUZ. No.
DAMIAN. Pues yo sí. Mal rumbo tiene...
si no orza pronto se viene
encima los bajos...
MARIA y LUZ. Oh!...
DAMIAN. Les hablaré...
MARIA. No te oirán...

DAMIAN. ¿Que no me oirán?... probaremos.
(Gritando.)
«¡Há de la Luz!...» escuchemos...
LUZ. No contestan...
UNA VOZ. (Muy á lo léjos.) «¿Qué dirán?»
DAMIAN. ¿Tengo yo la voz difunta? (Esforzando la voz.)
«Vira, aguantando en bolina
y atraca por la marina.» (Breve pausa.)
Ya vira... dobla la punta...
ya en otras aguas entró...
¿Orza?... ¡bien! el pico á tierra...
y ¡qué piés tiene la perra!...
¡ya no hay miedo... se salvó!!
(Se retiran de la ventana, y Damian, apoyado en el brazo de Luz y en su muleta, se encamina al hogar y toma asiento en un sillon de baqueta. María cierra la ventana.)
LUZ. Tan negra noche tenemos
que no he logrado ver nada.
DAMIAN. Ps... no estás acostumbrada;
pero nosotros poseemos
á fuerza de malos ratos,
ojos y oidos tan finos...
que más de cuatro marinos
podemos pasar por gatos.
Ya verás qué pronto llega,
si no tropieza con Zoa,
su novia, el patron Gamboa,
para contarnos la brega...
Mas ¿y el señor licenciado,
cómo no le encuentro aquí?
MARIA. Como la noche está así
puede que se haya acostado.
DAMIAN. Pues mi pierna... ¡voto á bríos!

ESCENA III.

DICHOS, CARRANZA, con linterna encendida.

CAR. Aquí el licenciado asoma,
que en nombrando al ruin de Roma...
DAMIAN. ¡Venga su merced con Dios!

MARIA. Ya se le echaba de ménos
y creí que no vendría.
CAR. ¿Por qué, señora María?
MARIA. Como la noche es de truenos..
CAR. Bien rimbomba en las alturas;
pero, trazando la cruz,
he querido ver á Luz
para no acostarme á oscuras.
uLz. Gracias mil...
CAR. (¡Gracias me das!)
Bien puede darlas á fe;
pues por muchas que me dé,
le quedarán muchas más.
DAMIAN. Vaya, mate esa linterna
y atráquese aquí á la lumbre.
CAR. (Apagando la linterna.)
Sí que haré y sin pesadumbre.
Conque, ¿cómo va la pierna?
DAMIAN. Endiablada...
CAR. Estése quedo.
DAMIAN. Mas desque uced ha llegado
todo el dolor se ha largado.
CAR. Eso es que me tiene miedo.
Vaya con Dios si ya es ido:
mal que del médico huye,
pronto, muy pronto concluye
por declararse vencido.
DAMIAN. María, alguna empanada
saca, bizcochos, jerez...
CAR. No, gracias por esta vez.
MARIA. ¿Chocolate, almívar...
CAR. Nada.
Estimo su generosa
oferta; pero hoy no puedo...
porque ayuno...
MARIA. Entónces cedo...
DAMIAN. Si ayuna... ya es otra cosa.
(María aviva la lumbre; vuelve á tomar la rueca, Luz las mallas y Damian enciende su pipa. Todos convenientemente sentados alrededor del hogar.)
CAR. En santa paz y amistad,
mientras por fuera ventea,

aquí agrupaditos...

DAMIAN. Sea.
Y ¿qué ocurre en la ciudad?

CAR. Señor Damian, muchas cosas.

MARIA. ¿Sí?

LUZ. ¿Muchas?

DAMIAN. Dejadme oir...
¿buenas nuevas?

CAR. Desastrosas.

DAMIAN. ¿Para la patria?

CAR. Cabal.
Portugal está ocupado
por Francia, y ya ni un soldado
nuestro queda en Portugal.
Solano, con gran cordura,
la raya española gana,
y su tropa veterana
concentra en Extremadura.
Se ve ya claro el ardid:
los franceses á su modo
lo van invadiendo todo
y Murat ya está en Madrid.

DAMIAN. ¡Ira de Dios infinito!
¿ya nuestra córte desdora
esa grey de... Bien; y ahora
¿qué dirá *Don Manolito*?

CAR. Segun el vulgo pregona,
ya cayó... con ruido tal,
que la familia real
se ha trasladado á Bayona.

DAMIAN. ¿Y nos deja en el garlito?
¿y á España y toda su mies
en las manos del francés?
¡se ha portado el favorito!

MARIA. (Asustada.) ¡Damian!

DAMIAN. ¡Eh!

MARIA. Que desatinas...

DAMIAN. ¿Somos aquí un pueblo alarbe?
¡La corona del Algarbe
se le va á volver de espinas!

MARIA. ¡Chut .. ¡calla!!...

DAMIAN. Y hará que cope

el francés y nos domine...
¿no quereis que desatine
si estoy de Francia hasta el tope?
Maldígala Dios amen.

CAR. Pero dicen que en la guerra
nos dará ayuda Inglaterra.

DAMIAN. ¡Mal haya en ella tambien!
que en las aguas españolas
nos hizo aguantar reveses,
y entre ingleses y franceses
nos han dejado en bandolas.
¡Hum!

MARIA. Te pones delirante...

DAMIAN. Es que me sacan de quicio...

GAMBOA. (Dentro.) ¿Me da zu mercé premicio?

DAMIAN. Hola, Gamboa!... hála avante!

ESCENA IV.

DICHOS, GAMBOA.

GAMBOA. Dios bendiga á zus mersés.

DAMIAN. ¿Cómo vienes?

GAMBOA. Chorreando.

DAMIAN. ¿Habreis venido achicando
agua?

GAMBOA. Cabar.

DAMIAN. Y ¿cómo es
que te arrumbabas derecho
sobre los bajos?

GAMBOA. La noche
no está pa roar el coche;
¡zi bufa un sudueste ezecho!
Con los atunes en guerra,
se me entró la virason;
recogimos de trompon
y er pico lo puze á tierra.
Jala y jala... el puerto gano;
pero la mar nos comía
en la barra y naide vía
ni los deos de la mano!
La noche sierra que sierra...

ar fin la luz columbré,
y grasias á zu mercé,
ya tos estamos en tierra.

DAMIAN. ¿Y averías?

GAMBOA. No zeñó;
arguna... mas poca ha sío:
er palo traigo rendío
y dos vías á estribó.

CAR. ¡Friolera!

DAMIAN. ¿Hay barco á la vista?

GAMBOA. Una fragatiya zola
por Poniente.

DAMIAN. ¿Es española?

GAMBOA. Ingleza.

DAMIAN. Que Dios la asista.

GAMBOA. Capeando viene el viento;
pero temo que la esmoche
zi no arriba. Ar ser de noche
me la ejé por barlovento.

MARIA. ¡Dios la libre de un percance!

DAMIAN. Es inglesa y no me apuro.

MARIA. Es prójimo...

DAMIAN. ¡Qué!... ¿Y de juro
que habreis echado hoy mal lance?

GAMBOA. Conforme y sigun, zeñó:
er pescao por allá
mordía bien la carná;
estaba de güen humó.
Pero de pronto subiendo
la mar ze mos puso é pie:
er sudueste orfateé,
y en seguía recogiendo
aparejos y la maya,
me he venío ar güen tuntun
con zeis arrobas d'atun
y unas libras de morraya.

CAR. ¿Y es poco?

MARIA. De ningun modo.

DAMIAN. Demasiado es en verdad:
os regalo la mitad.

MARIA. ¿Qué mitad? dáselo todo.
Bien los pobres lo han ganado;

y ya que en salvo se ven...

GAMBOA. Mostrama, ezo no está bien...

DAMIAN. ¿Lo ha dícho el ama? está hablado.
Dad, puesto que ella os equipa,
á mi bodega un avance:
os regalo todo el lance,
y á tí, Gamboa, mi pipa.

GAMBOA. ¡Zu pipa!... Aunque m'haga un zurco
d'aquí me la he de corgá,
y en eya no ha de jumá,
aunque z'empeñe, er Gran Turco.

DAMIAN. Poned á secar los paños;
un buen rancho, y á cenar.

GAMBOA. Pus con Dios.

TODOS. Á descansar.

GAMBOA. Zus mercés vivan mil años.

ESCENA V.

MARÍA, LUZ, DAMIAN, CARRANZA.

CAR. ¡Cómo admiro estos hombrones
que á brazo partido luchan
con la muerte á todas horas
y no se blandean nunca!

DAMIAN. Como el señor licenciado
su ciencia en la tierra cursa,
no es mucho que mis patrones
admiracion le produzcan.
Pero la pesca á la vista
de la costa poco abruma.

MARIA. No digas eso, Damian;
la pesca es faena ruda.

CAR. Digo!... y cuando hay tempestades
como la que ahora zumba...

DAMIAN. Siempre hay tiempo de escapar,
y de escapar con fortuna.
Donde no hay escape es cuando
el barlovento disputan
dos de á sesenta por banda
y se abarloan con furia,
á tiempo que el mar sus ondas

hácia las nubes empuja.
Aquellos, señor Carranza,
son trabajos que espeluznan:
agua y bronce arriba, abajo,
detrás, delante.,. y ¡qué música!
Momentos hay ¡vive Dios!
en que el más sereno duda
si es el mar, ó los cañones,
ó los diablos, los que bufan.
Allí, allí es donde se prueba
si hay en los hombres injundia,
cuando de pronto se abren
diez bocas por donde juntas
entran la mar y la muerte,
que en un santiamen inundan
baterías y pañoles
de miembros y roja espuma.
Y ¡firme! el que queda en pie;
y ¡fuego!... hasta que se hunda
el tablon que entre la vida
y la muerte nos columpia.
¿No encuentra el señor Carranza
tal cual diferencia?

CAR. Y mucha!
sólo de oirlo se pone
todo el cabello de punta.
Esa lucha de titanes
parece un cuento de brujas.

DAMIAN. Pues no es cuento, que es verdad;
y esto ha pasado en las últimas
batallas de Finisterre,
de Trafalgar...

CAR. ¡Santa Úrsula!
¿y en qué navío iba usted?

DAMIAN. En el *San Juan con* CHURRUCA.

CAR. Mi paisano.

DAMIAN. Allí cayó
el héroe bajo la lluvia
de metralla que largaban
seis navíos de alta mura.
Allí cayó sable en mano
gritando á toda la chusma:

«¡Fuego y clavad la bandera!
San Juan no se rinde nunca!»

CAR. ¡Qué dolor!...

DAMIAN. Y en aquel dia
cayeron otras columnas...
sobre el *Montañés*, ALCEDO,
de Santander gloria pura:
sobre el *Bahama*, GALIANO,
honor de Cabra y su alcurnia;
y el gran *general* GRAVINA
sobre el *Príncipe de Astúrias*.

MARIA. No recuerdes...

CAR. ¡Gran desastre!

DAMIAN. Allí acabó ¡oh desventura!
la marina más gallarda
que ha roto mares y brumas...
(Muy conmovido.)
No quiero pensar en ello
porque la voz se me anuda...
(Se oculta el rostro con las manos.)

MARIA. ¿Lo ves?...

LUZ. ¡Padre!...

MARIA. (Bajo.) Déjale.

CAR. Sí.

MARIA. Respetemos su angustia.
(Óyese muy á lo lejos el toque de ánimas. Todos se incorporan y los hombres se descubren.)

DAMIAN. Las ánimas... *Pater noster*...
(Breve pausa, durante la cual rezan todos mentalmeste, y á la conclusion dice Damian.)
Dios dé á sus almas ayuda
y parte en la gloria.

TODOS. (Santiguándose.) Amen.
(Las mujeres dejan la labor y Luz enciende dos velas en el altar de la Vírgen.)

MARIA. ¡Eh! vamos, basta de múrria:
no hablemos más de esas cosas,
que el ánima apesadumbran,
y que el señor licenciado
Carranza nos cuente alguna
de esas cosillas que él sabe
para alegrar las tertulias.

CAR. Ya es tarde y debo dejar
á ustedes...
LUZ. Qué!... si diluvia...
MARIA. (Á LUZ.) Mira si han cerrado arriba,
no se forme otra laguna.
(Se retira Luz por la puerta de la derecha.)
CAR. Como veo á Lucecita
que á iluminar se apresura...
por si es hora del rosario,
no es justo que yo interrumpa...
DAMIAN. Aún no es hora.
MARIA. Esas candelas
conque á la Vírgen alumbra,
son por un voto.
CAR. Hola! ¿un voto?
huélgome de que lo cumpla.
(Esa niña me cautiva...
y aún está mi lengua muda!...)
Y ¿fué por enfermedad...
MARIA. Algo de eso...
CAR. ¿Calenturas?
¿fiebre amarilla?
MARIA. Como hace
unos meses que de Cuba
llegó el señor licenciado,
ignora cierta aventura
que há tiempo ocurrió en mi casa
y fué en Ayamonte pública.
CAR. Entónces no habrá reparo
en que á mí me la descubran...
DAMIAN. ¿Qué ha de haber? ni á uced ni á nadie.
Que la cuente mi Maruja,
que cuenta mejor que yo.
MARIA. Eso lo dirás por burla...
DAMIAN. No!!
CAR. Ya mi curiosidad
con impaciencia la escucha.
MARIA. Quien obedece y se humilla
á Dios sirve; bajo el cuello
y digo, aunque todo ello
es cosa breve y sencilla.
Habitábamos en Lepe:

Damian se hallaba en el mar:
yo enferma y junto al hogar
con mis hijos Luz y Pepe.
De noche ya y confundidos
en uno tres corazones,
rezamos las oraciones
y nos quedamos dormidos.
Sí, dormidos como en camas
de pluma los tres quedamos....
pero á la vez dispertamos
envueltos en humo y llamas.
¿Quién me salvó? no lo sé,
porque el sentido perdí;
pero ¡ay! al volver en mí
sobre la plaza me hallé.
Medio sofocado encuentro
á mi hijo... ¿Y Luz? ¿qué le pasa?
y gritaban... «¡En la casa!
¡la infeliz aún está dentro!»
Y la casa ardía! ardía!
todo era gemir, gritar
á mi lado... pero á entrar
nadie en ella se atrevía.
De repente apareció
un jóven... ¡tan macilento!...
era un marino: al momento
armó un *flechaste* y subió,
no sé si solo ó con quién;
pero con cabos y lazos...
puso á Luz salva en mis brazos...
¡prémiele Dios tanto bien!
De entónces, por gratitud
nuestro altar iluminamos,
y á la Vírgen imploramos
para que le dé salud.
Hé aquí nuestro voto.

CAR. Á fe
que ese marino inmortal...

DAMIAN. Pues la historia no es cabal,
mas yo la completaré.
Hombres como él pocos hay:
no sólo es el salvador

de Luz, sino el bienhechor
de todo este barangay.
Al volver de Gibraltar,
despues que me cangeé,
busqué mi gente y la hallé
sin ropa, hacienda ni hogar.
Sin esperanza ninguna,
me vuelvo á Dios y á Dios clamo...
cuando él me dice:—«Nostramo,
¿qué te hace falta?»—«Fortuna.»
—«Toma la mia!»—«Eso no.»
Pero insistió repitiendo...
—«No ves que me estoy muriendo?
¿para qué la quiero yo?»—
¡Alma generosa y buena!
Yo en aquel oscuro dia,
sólo una barca pedía
y él me equipó una docena.
¡Al mar!... remé bien... no en vano,
pues desde aquella ocasion
echó Dios su bendicion
á cuanto puse la mano.
Y junté caudal, caudal
que debo, con el bien mio,
al capitan de navío
don Félix de Carvajal.

CAR. ¿Carvajal? Pues justamente
en la ciudad se susurra...
¿No es sobrino del señor
territorial de Sanlúcar?

DAMIAN. El mismo.

CAR. ¡Pobre don Félix!...

MARIA. ¿Ha muerto?...

CAR. No, pero, en suma,
más le valiera...

DAMIAN. Pues ¿qué?...

CAR. Se da por cosa segura
que dos meses há fué el tío
á Lóndres, donde se educa
ó educaba su pupila
doña Clemencia de Acuña,
y se ha casado con ella.

DAMIAN. Dios bendiga la coyunda.
CAR. Sí señor; pero es el caso
que ella era la futura
destinada á ese don Félix,
que se ha quedado á la luna.
MARIA. (Ay!... cuando mi Luz lo sepa...)
DAMIAN. Pues la broma ha sido chusca.
CAR. Y añaden que los esposos
salieron para Sanlúcar,
donde van á celebrar
las ya consumadas nupcias.
DAMIAN. Debe inquietarle muy poco
á don Félix esa injuria.
Mujer que le ha conocido
y con otro hombre se ayunta,
no merece más que el trato
que se da á las que perjuran.
MARIA. ¿Y qué le importa á don Félix
esa mujer ni otra alguna,
si está el pobre hace tres años
casi viviendo en la tumba?
CAR. No comprendo esa dolencia
tan grave y que tanto dura...
¿Será tisis?...
MARIA. No sabemos...
DAMIAN. Él quedó así de resultas
de Trafalgar, donde tantos
perdimos las coyunturas.
Sobre el Real Trinidad
recibió heridas profundas,
y luégo en medio del pecho
el golpazo de una cuña
que se voló de un cañon.
(Rumor de gente que habla y se aproxima.)
MARIA. ¿Á ver... ¡Calla!
DAMIAN. Se oye bulla...
CAR. Y bulla que se aproxima.
DAMIAN. (Incorporándose.)
¿Quién arma esa barahunda?...

ESCENA VI.

DICHOS, LUZ.

LUZ. Padre!... Madre!... Ahí está Pepe.
DAMIAN. Mi Pepillo?
MARIA. ¡Hijo de mi alma!
(Desaparecen por el fondo.)

ESCENA VII.

LUZ, CARRANZA.

LUZ. (¡Y viene solo!)
CAR. (Y á solas
conmigo... ¡Es mucha desgracia!
La adoro y nunca me atrevo
á decirle una palabra.)
LUZ. (Encarándose con el cuadro de la Vírgen.)
Madre mia... ¿qué es de él?
se habrá quedado en extraña
tierra, enfermo, abandonado.)
CAR. (Le diré al ménos...
(Observando la actitud contemplativa de Luz.)
Mas ¡calla!
Está rezando á la Vírgen...
hace bien; le dará gracias
por la vuelta de su hermano....
¡si esta niña es una santa!
Cuando llegue á ser mi esposa
va á ser una licenciada...
Pero creo que ya vuelven...
me declararé mañana)
(Aparece Pepe dando un brazo á su padre, y echando el otro sobre los hombros de su madre.)

ESCENA VIII.

DICHOS, DAMIAN, MARÍA, PEPE.

MARIA. Luz, ya está aquí...

LUZ. ¡Pepe mio!
PEPE. (Abrazandola.) ¡Mi Luz, mi querida hermana!
CAR. Bien venido.
PEPE. Servidor...
MARIA. El Licenciado Carranza,
que está curando á tu padre.
DAMIAN. Y lo hace de perlas.
PEPE. Nada
hay para mí de más precio.
Desde hoy su merced me manda
como á su menor criado.
MARIA. (Quitándole la capa.) Pero quítate la capa,
que vienes hecho una sopa.
PEPE. Eh!... madre, si no es más que agua.
DAMIAN. Agua, sí; pero agua dulce,
si al ménos fuera salada...
MARIA. Ven á la lumbre.
PEPE. Estoy bien.
Entre tan buena compaña
¿quién echa de ménos lumbre...
CAR. Y ¿qué tal fué la jornada?
PEPE. Mucho viento y mal camino;
pero en fin, ya estoy en casa.
LUZ. (No me atrevo á preguntarle...)
PEPE. Traigo aquí unas zarandajas
que en mis viajes he comprado.
(Sacando de las faltriqueras.)
Poco es... Unas arracadas
para mi señora madre.
MARIA. Hijo mio!
PEPE. Y esta sarta
de corales para Luz.
LUZ. ¡Linda gargantilla!
PEPE. Y para
mi señor padre esta pipa
de lo mejor de Alemania.
DAMIAN. Pues mira, te la agradezco;
me viene como pedrada
en ojo de boticario.
Al punto voy á estrenarla.
MARIA. ¿Conque don Félix...
LUZ. (¡Ay Dios!)

PEPE. Ese ni sube ni baja.
LUZ. Le has dejado en Portugal?
PEPE. Mujer! si allí se quedára,
estaría yo á tu lado?
Ahí queda en la comandancia
de Marina hablando al jefe...
que aunque tiene ilimitada
la licencia, él siempre cumple
con exceso la ordenanza.
MARIA. ¿Y de salud...
PEPE. Apurado:
haciendo el cuarto de guardia
en el umbral de la muerte,
como él dice, con su calma
y su tranquila sonrisa...
CAR. Pues es cosa que me pasma:
no entiendo el estado grave
en dolencia que es tan larga.
PEPE. Yo no sé... pero es lo cierto
que hemos consultado en Francia,
Austria y Prusia, los doctores
que tienen allí más fama,
y todos le han desahuciado
aunque con medias palabras...
pero á mí todos me han dicho
en secreto y confianza
que no hará los huesos viejos,
que es cosa desesperada.
LUZ. (Me desgarra el corazon.)
DAMIAN. ¡Voto á los diablos... ¡qué lástima!
CAR. Y sin embargo, recorre
en viaje grandes distancias,
y soporta la intemperie,
y escala muros y saca
al ángel que nos escucha
ileso de entre las llamas,
y sigue corriendo el mundo
y no se postra ni aplana...
repito que no lo entiendo.
DAMIAN. Su merced tiene sobrada
razon si á nuestro don Félix
con otros hombres compara.

Pero tenga por seguro
que aquí de un hombre se trata
que no se parece á nadie,
sobre todo en cuanto al alma.

PEPE. Y luégo que, como él dice,
si ya la suerte está echada,
si conmigo va la muerte,
¿de qué me sirve evitarla?
Y por eso á los peligros
tranquilamente se lanza,
como quien se cuida poco
de morir hoy ó mañana.

CAR. Ardo en deseos de verle
y de estudiar á mis anchas
esa luz que está há tres años
si se apaga ó no se apaga.

PEPE. Ya le verá su merced.

DAMIAN. Si Dios quisiera y las ánimas
que se hallára algun remedio...

CAR. Quién sabe... hay cosas tan raras...

DAMIAN. Y ¿cómo dejas la tierra
por ahí arriba...

PEPE. Hecha un ascua:
con la entrada del francés
está la gente que brama.
Hay mucha reventazon
y de Ortegal hasta Gata
no hay boca que no murmure:
«¡á las armas! á las armas!!»

MARIA. ¿Y habrá otra guerra...

LUZ. ¡Oh, Dios mio!

DAMIAN. De juro, ¿cómo evitarla?
se meten por nuestra tierra
como Pedro por su casa,
y tendremos que enseñarles
cómo asamos las castañas.

MARIA. ¡Eh!... no hay que pensar ahora...

LUZ. Ya querrá Dios que se vayan.

DAMIAN. Viejo soy y un hijo tengo;
mas si la patria nos llama,
iremos y dejaré
mis almacenes, mis barcas,

y á tí, y á Luz, y cuanto amo,
por dar que sentir á Francia.
¡La rota de Trafalgar
aún la tengo aquí clavada!

PEPE. Y yo, padre.

DAMIAN. ¡Bien, Pepillo;
no reniegas de la casta...
(Óyese á lo lejos un cañonazo.)

LUZ. ¡Ah!

MARIA. ¿Qué es eso?

CAR. Un cañonazo...

DAMIAN. Y en el mar...

ESCENA IX.

DICHOS, GAMBOA.

GAMBOA. Mi amo!

DAMIAN. Qué pasa?

GAMBOA. La fragatiya que le ije
está bregando en la barra
medio esarbolá y metiendo
los penoles bajo el agua.

DAMIAN. Ah!... sí, la inglesa. (Friamente.)

GAMBOA. Un muchacho
d'abordo com'una rana,
s'ha venío á tierra y dise
q'abordo hay gente d'España.

DAMIAN. (Con interés.) ¿Trae pasaje de españoles?...
(Suena otro cañonazo.)

GAMBOA. Otro!

MARIA. ¡Y socorro demandan!...

DAMIAN. (Con energía.) ¡Arriba toda la gente!
Bota el «*Don Felix*,» y embarca
un ancla de caridad
con las mejores amarras.
Á la leva!... que allá voy...
(Se retira Gamboa.)

MARIA. Bien, pero tú no te embarcas...

LUZ. Padre!...

DAMIAN. No, les daré ánimo
desde abajo. (Apoyándose en el brazo de su hijo.)

Pepe, en marcha...
Venga el señor licenciado,
que puede ser que haga falta.

CAR. Volando.

DAMIAN. Rezad vosotras
para que no haya desgracias.

ESCENA X.

MARÍA, LUZ.

MARIA. Enciende, hija mia, enciende.
(Luz enciende todas las velas del altar.)
y pidamos prosternadas
á la Santísima Vírgen
que salve esas pobres almas.

LUZ. Bien me daba el corazon
que tendríamos borrasca...

MARIA. Y qué borrasca, ¡Dios mio!
no recuerdo otra más brava...

LUZ. Ya está encendido.

MARIA. Recemos.
(Se arrodillan: mientras oran mentalmente, óyese el eco de los truenos y el zumbido del viento.)
Oiga Dios nuestras plegarias. (Se incorporan.)

LUZ. ¡Qué inquieta estoy, madre mia!

MARIA. Yo tambien; me tiene en brasas
tu padre...

LUZ. Nos ofreció
que se estaría en la playa...

MARIA. Sí ofreció; pero tu padre
ya sabes cómo las gasta:
en ocasiones como esta
por todo atropella y salta,
y sus dolores olvida
y no hace caso de nada.
Si alcanzáramos á ver
algo desde esa ventana...
(La abren y se ve un relámpago.)

LUZ. Jesús, María...

MARIA. ¿La has visto?...

LUZ. ¿El qué, madre?

MARIA. ¡La fragata!
LUZ. Me ha deslumbrado el relámpago.
MARIA. Mírala allí, está barada
sobre las lajas de afuera,
á ménos de cinco brazas
de tierra; pero la barre
el mar...
LUZ. Y ¡sobre las lajas!
MARIA. En breve se hará pedazos,
¡no hay manera de salvarla!
LUZ. Y se ahogarán todos!...
MARIA. No,
la gente podrán sacarla:
Los nuestros ya están allí
y como fieras trabajan.
Pero ¿álguien llega?...

ESCENA XI.

DICHAS, CARRANZA.

CAR. ¿Señoras?
MARIA. ¿Qué?
CAR. Por si fueran mal dadas,
bueno sería tener
dispuestas algunas camas.
MARIA. Como cuántas?...
CAR. Cuatro ó cinco...
MARIA. Hasta veinte hay preparadas.
CAR. ¿Hilas? ¿vendajes?
MARIA. Tenemos
de todo eso en abundancia;
y papel de batir oro.
CAR. Pues entónces vengan ratas.
LUZ. Hay muchos heridos?
CAR. No;
hay mucha gente asustada,
mucha coleta deshecha,
mucho chichon, mucha náusea,
pero hasta ahora no hay víctimas
que yo sepa...
MARIA. ¡Dios lo haga!

CAR. Los señores de Sanlúcar
son tambien de la comparsa...
LUZ. Cómo! ¿el tio de don Félix?...
CAR. El mismo que viste y calza.
MARIA. Y su esposa?
CAR. No la he visto:
la confusion allí es tanta...
pero él ya ha tocado á tierra
y hácia aquí se encaminaba
con el señor Damian.
LUZ. (Corriendo hácia el foro.) ¡Padre?...
MARIA. (Avivando la lumbre.)
¿Tal señor en nuestra casa?
CAR. Voy á ver si por afuera
mi presencia es necesaria. (Váse.)

ESCENA XII.

MARÍA, LUZ, DAMIAN y D. RODRIGO, apoyado en dos marineros, que lo llevan hasta el sillon, en el que se sienta.

DAMIAN. Su señoría, en verdad,
hallará en esta mora la
asistencia, gente honrada,
cama y buena voluntad.
ROD. Pagaré bien la asistencia.
DAMIAN. Su señoría se cuide...
que el pago nadie le pide.
ROD. Pero adónde está Clemencia?
¡Mi esposa!... ¿no la han traido?
MARIA. No la hemos visto...
ROD. Creía
que ella aquí me precedía:
¡qué horror!... ¡si la habré perdido...
DAMIAN. (Á los marineros, que se retiran precipitadamente.)
Á buscarla.
ROD. (Queriendo incorporarse.) ¡Yo no puedo!...
¡Al que le salve la vida
le daré cuanto me pida!
DAMIAN. Su señoría esté quedo
y no dé en querer pagar...
que esos que van á buscarla

de balde sabrán sacarla
de lo profundo del mar.

MARIA. Oigo pasos...

DAMIAN. Id las dos.

ROD. La impaciencia me devora...

MARIA y LUZ. ¡Pepe!!

(Aparece Clemencia con el cabello suelto sostenida por Carranza y Pepe.)

ESCENA XIII.

MARÍA, LUZ, CLEMENCIA, DAMIAN, RODRIGO, CARRANZA y PEPE.

PEPE. ¡Aquí está la señora!

CLEM. (Acercándose á Rodrigo.)
Salvados!

ROD. (Abrazándola.) ¡Gracias á Dios!

(Los interlocutores se colocarán en el órden siguiente. Rodrigo y Clemencia cerca del hogar: en el lado opuesto Carranza y Pepe; Damian y María en el centro cerca del foro, y Luz al lado del altar.

¿Quién te ha salvado?

CLEM. No sé.
Un golpe de mar barrió
la cubierta, y me llevó;
pero una mano encontré
de tanto vigor, que asombra;
á flote me ha mantenido
y puesto en tierra.

ROD. ¿Y ha sido...

CLEM. No sé, la perdí en la sombra.

ROD. (Á Pepe.) ¿La has salvado tú?

PEPE. No á fe:
no fuí tan afortunado;
es otro el que la ha salvado.

ROD. ¿Y sabes quién es?

PEPE. Sí sé.

ROD. Si verle feliz deseas
dí quién...

PEPE. (Viendo salir á D. Félix por el fondo envuelto en un capoton de marinero.)

¡Ese buen marino!

ESCENA XIV.

DICHOS, D. FÉLIX.

FELIX. Buenas noches.

ROD. ¡Mi sobrino!

CLEM. Félix!...

DAMIAN y LUZ. MARIA. (Abrazándolo.) Ah!!
(Cayendo de rodillas y tendiendo los brazos á la Vírgen.)
¡Bendita seas!!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, DAMIAN.

DAMIAN. Mujer, ¿sabes lo que digo?
MARIA. Ya lo dirás.
DAMIAN. Que deseo
que ese señor de Sanlúcar
se largue con viento fresco.
MARIA. Pues mira, Damian, tambien
soy del mismo pensamiento.
No he visto nunca un señor
más ariscote y más hueco.
DAMIAN. Ya se ve, es un noble, un título...
nosotros unos podencos,
que hasta haciéndole merced
parece que le ofendemos.
Sin duda nos ha tomado
por truhanes ó posaderos...
MARIA. Cumplamos nuestro deber,
y lo demas, chico pleito.
Ya pronto nos dejarán,
porque se van reponiendo
de los sustos del naufragio...
y buscarán mejor puerto.

Por otra parte es el tio
de don Félix.

DAMIAN. Pues por eso
me aguanto y no le soltado
las verdades del barquero.
Despues de todo, María,
su estancia aquí me da miedo.

MARIA. Miedo... ¡á tí!...

DAMIAN. Yo cazo largo...

MARIA. ¿Pues de él qué temer podemos?

DAMIAN. De él nada, pero por él
puede temerse.

MARIA. No entiendo...

DAMIAN. Hay desde la madrugada
en la ciudad movimiento.
Malas nuevas: se ha formado
una Junta de Gobierno,
para ver si echamos pronto
al francés de nuestro suelo.
Y como ese gran señor,
segun se dice en secreto,
es un poco *afrancesado*...

MARIA. Afrancesado!...

DAMIAN. Me temo
que quieran darle un buen susto:
conozco bien á mi pueblo.

MARIA. Pero ¿sabe eso don Félix?

DAMIAN. No sé.

MARIA. ¿Le consultaremos...

DAMIAN. No me opongo á la consulta.
(Aparece Gamboa en la puerta del fondo con un papel en la mano.)

ESCENA II.

MARÍA, DAMIAN, GAMBOA.

GAMBOA. ¿Mostramo?...

DAMIAN. Gamboa, adentro.

GAMBOA. Esta boleta ma dao
pa zu mercé un cabayero
arguací de la sudiá.

MARIA. ¡Un alguacil?...
DAMIAN. ¿Y qué es ello?
(Recorre el papel con la vista.)
Es que me llama la Junta.
Dame la capa, el sombrero.
MARIA. (Entrando por la puerta izquierda.)
(¿Qué le querrá?)
DAMIAN. ¿Qué hay por ahí?
GAMBOA. Una miajiya é jaleo.
Entran postas, zalen postas,
dan armas á los zolteros,
á los casaos, á los viudos,
y se apaña un regimiento...
pus paese que los gavachos
s'arriman á Espeñaperros.
(Ha salido María con la capa y sombrero.)
DAMIAN. (Reprimiendo la cólera.)
¡Dame la capa!
MARIA. Pero oye...
DAMIAN. Anda, Gamboa.—Hasta luégo.

ESCENA III.

MARÍA, despues CARRANZA.

MARIA. ¿Qué le habrá dicho Gamboa
que de tal humor le ha puesto?
La Junta llama á Damian...
¿Y á qué es ese llamamiento?
CAR. (Desde el foro, como hablando con Damian.)
Señor Damian, está bien,
en la Junta nos veremos. (Baja á la escena.)
MARIA. Pero señor licenciado,
¿qué sucede?
CAR. Que anda suelto
el diablo por Ayamonte,
por más allá, y...
MARIA. ¿Pero es cierto
que bajan á Andalucía
los franceses?
CAR. ¿No ha de serlo
si están ya en la Carolina?
MARIA. ¿Verdad?

CAR. Como el Evangelio
MARIA. Jesús!... ¡qué picaronazos!
y de echarlos no habrá medio?
CAR. De eso, señora María,
se trata en este momento;
se está armando mucha gente
y allá vamos á su encuentro.
MARIA. ¿Tambien su merced?
CAR. Tambien.
¿No ve usted que pertenezco
á sanidad militar?
Ni es cosa de hurtar el cuerpo...
MARIA. Eso no!... y si hicieran falta
mujeres, tambien iremos.
¿Habrán llamado á Damian
para que vaya al ejército?
CAR. No es de creer. Salen al campo
todos ménos los enfermos.
El señor Damian es hombre
de carácter muy enérgico;
le respetan los marinos
desde Ayamonte al Estrecho,
y sin duda querrán darle
algun cargo en el concejo.
MARIA. Mi Damian sabrá cumplir...
CAR. ¿No ha de cumplir? por supuesto.
(¿Y me iré sin declarar
mi atrevido pensamiento?
Me descubriré á la madre.)
Y ya que á solas nos vemos,
quisiera que usted tomára
bajo su amparo materno
durante mi ausencia...
MARIA. ¿Qué?

ESCENA IV.

DICHOS, LUZ.

LUZ. ¿Madre?
CAR. (¡Me ha cortado el vuelo!)
LUZ. (Á Carranza.) Muy buenos dias.

CAR. ¡Oh, Luz!...
ante esa luz quedo ciego...
(Luz habla bajo á María.)
y mudo... En tanto que hablan
voy á cumplir como médico
con estos señores náufragos.
(Desapareciendo por la puerta derecha.)
(¡Qué tino!... qué tino tengo!)

ESCENA V.

MARÍA, LUZ.

MARIA. ¿Su maleta de campaña?
Cómo! ¿él tambien hace aprestos?
LUZ. ¿Si irá á emprender otro viaje?
MARIA. No lo sé; pero sospecho...
LUZ. ¿Qué, madre?
MARIA. ¿Ha vuelto tu hermano?
LUZ. Salió temprano y no ha vuelto.
MARIA. Él nos pudiera decir
de don Félix el intento...
porque todo es de esperar
de estos hombres tan tremendos,
el uno por lo fogoso
y el otro por lo sereno.
Voy á ver si está Gamboa;
tal vez por él columbremos...
Pon flores en el altar;
que preparen el almuerzo.
Estos franchutes del diablo
nos han armado un infierno...
(Desaparece por el fondo.)

ESCENA VI.

LUZ.

¡Qué trajin!... pero ¿qué pasa?
cuchicheos al oido...
entran, salen, mucho ruido,
y está revuelta la casa.

De franceses há unos meses
que oigo hablar, sin comprender
lo que tengamos que ver
nosotros con los franceses.
Los soldados, los señores...
bien, que domen esos potros;
pero nosotros... nosotros
somos más que pescadores?
(Mirando por la ventana.)
¡Oh!... cuánta gente en la playa...
¿qué es lo que habrá sucedido?
¡Dios de bondad! ¡sólo os pido
que don Félix no se vaya!
(Sale D. Félix, puerta izquierda, con uniforme de capitan de navío.)

ESCENA VII.

LUZ, FÉLIX.

FELIX. ¿Que no me vaya?
LUZ. (Ah! me oyó.)
FELIX. Bajas la frente y me acoges
muda... Bah! no te sonrojes
por pensar en alto, no.
Siempre así, yo te conjuro
y no te cause fatigas,
pues cuanto pienses y digas
será delicado, puro.
Mírame sin vacilar...
¿ó no me quieres ya ver?
LUZ. Bien quisiera responder,
pero no sé contestar.
Á mis pensamientos llamo
y se me agolpan aquí:
¡oh, Dios! respondan por mí
las lágrimas que derramo.
FELIX. Y en esa contestacion
revelas bien la elocuencia
que te inspira la inocencia
que mora en tu corazon.
No más el mio taladre

tu llanto puro, sincero,
y escúchame, Luz; te quiero
como te quiere tu padre.
Sí, como puede quererte,
Luz, que llevo aquí encendida,
el que contempla la vida
desde el umbral de la muerte.
Con mi destino conforme...

LUZ. Pues si tan enfermo está
¿por qué á la guerra se va?

FELIX. ¿Quién te ha dicho?

LUZ. Ese uniforme.

FELIX. ¿Y eso te angustia y desola?
este uniforme es el mio;
soy capitan de navío
de la marina española;
soy noble, soy militar:
entre conflictos y alarmas
la nacion llama á las armas
y me debo presentar.

LUZ. Ya sé que es hombre de honor
y de muy clara nobleza;
pero ese deber no reza
con los enfermos, señor.

FELIX. Cuando en peligro se ve
este suelo tan querido,
reza con todo nacido
que pueda tenerse en pie.

LUZ. ¡Ay de mí!

FELIX. ¿Quieres, Luz mia,
que por quedarme en tu hogar,
á un hombre de Trafalgar
se tache de cobardía?

LUZ. ¿Y quién osaría, quién...
no!... más quisiera primero...
¡ay!... yo no sé lo que quiero;
sólo sé que quiero bien.

FELIX. No exasperes tu dolor:
la vida es un corto viaje,
y despues de este pasaje
nos espera otro mejor.
Allí, allí en estrecho lazo

nuestro ser por siempre unido...
Adios: aún no me despido;
pero ¿me das un abrazo?

LUZ. ¡Mil! (Abrazados.)

FELIX. ¡Ah, Luz! Luz celestial;
así los cielos te den...

CLEM. (Desde la puerta de la derecha.)
¡Bien, caballero!...

LUZ. (Dando un grito y escapando por la puerta de la izquierda.)
¡Ah!

ESCENA VIII.

CLEMENCIA, FÉLIX.

CLEM. Muy bien.

FELIX. Sí; no me parece mal.

CLEM. Aunque enfermo, te despachas,
Félix, con primores tales,
que nadie creerá en tus males
al verte abrazar muchachas.

FELIX. Abrazos inofensivos.

CLEM. ¿Quién lo duda? sí por cierto.

FELIX. Son los abrazos de un muerto.

CLEM. Que abraza como los vivos.
Despejado el horizonte
logro, el por qué descubrir
te agrada tanto vivir
en tu nido de Ayamonte.
El parabien más sincero
te doy.

FELIX. Mil gracias, señora.

CLEM. La niña, aunque pescadora,
es bella como un lucero.
Bien merece el homenaje
de un alma tierna, abrasada.
Y es esta la casa honrada
que nos ha dado hospedaje?

FELIX. Esta casa es vivo ejemplo
de virtudes de alta prez,
y en materia de honradez

es más que casa, es un templo.

CLEM. Templo en el que con fe ardiente
se elevan amantes votos:
templo en el que los devotos
se abrazan... devotamente.

FELIX. No combato su ironía...
lo que vale esta vivienda
no es fácil que lo comprenda
jamás mi señora tia.

CLEM. ¡Jesús! ¿te vas á enfadar...

FELIX. ¡Señora!... no hay tal enfado.

CLEM. Si hasta tia me has llamado.

FELIX. Así la debo llamar.
Su esposo en el primer dia,
me dijo con voz sonora...
«És tu tia, es la señora
de Sanlúcar...» Conque... tia.

CLEM. ¿Y desde hoy mi autoridad
acatas?

FELIX. Es mi deber.

CLEM. ¡Cuánto amas á esa mujer!

FELIX. Mucho la quiero, es verdad.
Pura, llena de candor,
esa niña encantadora,
amante, suspira y llora
sin saber lo que es amor.
Luz, es luz que al bien me guía:
por ella anhelo vivir;
ella no sabe mentir,
ignora lo que es falsía.
De la ambicion no se cura,
que el vil interés desprecia:
no es presumida, no es necia,
ni veleta, ni perjura.
Y yo que logro admirar
las virtudes que atesora,
la amo en extremo, señora...
mas... como yo debo amar.

CLEM. ¡Cuánta amorosa vigilia
por tu pescadora bella!
¡oh! y si te casas con ella...
¡qué honor para la familia!

FELIX. Si no es honor, si es fortuna,
de eso no debo cuidarme;
pues sé que no he de casarme
con ella ni con ninguna.
CLEM. ¿Luego tu pasion la infama?
FELIX. ¡Cómo, señora?
CLEM. Á mi ver,
si no ha de ser tu mujer,
tendrá que ser...
FELIX. ¿Qué?
CLEM. Tu dama.
FELIX. Quien piense con tal ruindad,
quien su limpio honor desdore,
será, tia, porque ignore
lo que es honor y lealtad.
Á casarme no me avengo
sin ofrecer á mi esposa
vida... que hoy es muy dudosa
en mí, y salud... que hoy no tengo...
CLEM. Pues si eso te decidió
á esquivar el yugo santo,
¿por qué te ha indignado tanto
que me haya casado yo?
FELIX. Á mí indignarme?... no tal:
casándose... de repente,
ha obrado muy cuerdamente...
lo encuentro muy natural.
Mi tio, noble varon,
de edad... mas de gran riqueza:
yo... de la misma nobleza,
pero enfermo y segundon:
él conde y duque presunto,
instando allí de presente:
yo... por largo tiempo ausente,
herido y medio difunto.
¿Quién vacila?... no, jamás:
y que el novio al fin se muera
y se quede una soltera...
¡bah!... ¡pues no faltaba más!
De su conveniencia en pos
inclinando el fácil cuello,
se casó usted... y por ello

le doy mil gracias á Dios!

CLEM. ¿Conque lo das por bien hecho...

FELIX. Sí, tia; y que muy felices
disfruten...

CLEM. ¿Y eso que dices,
no lo dices por despecho?

FELIX. No, tia; y usted verá
si es sincera mi alegría;
pues tia...

CLEM. Con tanta tia
me tienes hastiada ya.

FELIX. Si lo es de hecho y de derecho...

CLEM Bien, bien; dejémoslo así;
yo te haré saltar de aquí...

ESCENA IX

DICHOS, CARRANZA.

CAR. Don Rodrigo dejó el lecho
y pregunta por usía.

CLEM. (Mal reprimo mi furor...)
Adios, señor pescador.

FELIX. Adios, mi señora tia.

ESCENA X.

FÉLIX, CARRANZA

CAR. ¿Don Félix ya levantado
y de uniforme...

FELIX. Sí, amigo.

CAR. ¿Qué tal respiramos hoy?

FELIX. Como hace tiempo, lo mismo:
á veces bien, otras mal;
por lo tanto no me cuido.

CAR. Pues es menester cuidarse:
há dias que solicito
me deje reconocerle,
mas no se muestra propicio...

FELIX. Gracias, señor licenciado,
me doy por reconocido:

ya vendrán mejores dias,
pues hoy, por lo que colijo,
urge más reconocer
el campo del enemigo.

CAR. Allá iremos...

FELIX. Sí, allá vamos.

CAR. ¡Tambien usted!...

FELIX. Ya estoy listo.

CAR. ¡Cómo! ¿usted sale á campaña?
¡un enfermo de peligro!

FELIX. Tambien la patria lo está,
y es ántes que el indivíduo.
Voy mandando el batallon.

CAR. ¡El batallon... Jesucristo!
Mi jefe... (Cuadrándose.)

FELIX. Baje la mano.

CAR. Pero señor... ¿en tan crítico
estado tomar las armas?
eso es igual á un suicidio.

FELIX. ¿Y yo qué pierdo en perderme
si há tiempo que estoy perdido?
El que me dispare á mí,
creerá disparar á un vivo,
y en tanto podrá salvarse
otro que tenga más bríos.

CAR. Lo creo; pues ya se dijo
no sé cuándo, ni por quién,
que en los ejercicios hípicos,
el soldado de á caballo
suele caer de improviso:
el infante pocas veces,
pero jamás el marino.

FELIX. Vaya usted á prepararse...

CAR. Pues qué, ¿tan pronto salimos?

FELIX. Dentro de breves minutos
nos pondremos en camino.

CAR. Todo lo tengo dispuesto:
dos bagajes necesito
para el botiquin.

FELIX. Los dos
los encontrará en su sitio.

CAR. (Y voy á partir... ¡sin verla!)

Aquí sale don Rodrigo.
FELIX. Pues licenciado, hasta luégo.
CAR. (Volveré si hallo un resquicio.)

ESCENA XI.

RODRIGO, FÉLIX.

FELIX. Muy buenos dias, señor.
ROD. Muy buenos, señor sobrino.
Celebro mucho encontrarle,
porque há un instante he sabido
cosas que ya presumía...
que por vergüenza no digo.
FELIX. Yo, señor, no las presumo,
pues no gusto de acertijos;
pero usted me las dirá
si viene en ello.
ROD. Repito
que no he de manchar mis labios
haciendo el relato indigno
de culpables devaneos
que ultrajan nuestro apellido.
FELIX. ¿Y quién es el temerario
que tan horrendo delito...
ROD. Don Félix de Carvajal.
FELIX. Señor, quien haya eso dicho,
de su bondad abusando,
sencillamente ha mentido.
ROD. No miente la noble boca
que me ha revelado...
FELIX. Tio,
la boca, noble ó plebeya,
por su natural instinto,
dice contadas verdades
y mentiras sin guarismo.
Esto hemos averiguado...
ROD. Y yo, Félix, averiguo
que me faltas al respeto
y no puedo consentirlo.
FELIX. No ha sido tal mi intencion,
que en usted acato y miro

al hermano de mi padre,
y segundo padre mio.

ROD. Está bien; y siendo así,
voy, en virtud de esos títulos,
á darte órdenes que espero
obedecerás sumiso.
Quiero dejar esta casa
y trasladarme á otro asilo
donde respire un ambiente
más puro que el que respiro.
En cuanto á tí, como jefe
de la familia, te intimo
que cambies de alojamiento;
nada aquí se te ha perdido,
y puedes vivir mejor
en tus tierras del Ronquillo.
Y esto ha de ser hoy, ¿lo entiendes?

FELIX. Será usted obedecido.
Sin conocer su deseo
iba á pedirle permiso
para salir de Ayamonte
al punto.

ROD. Pues concedido.

FELIX. Dios guarde...

ROD. ¿Y adónde vas?

FELIX. Á donde quiera el capricho
de las armas.

ROD. ¡Á la guerra!

FELIX. La patria llama á sus hijos,
y yo siempre á sus clamores
he prestado atento oido.

ROD. La patria no llama á nadie
ni há menester del auxilio
de la indocta muchedumbre,
que con sus fieros y ahullidos
en vez de regenerarla
podrá hundirla en el abismo.

FELIX. Tal vez... pero hoy sólo sé
que un importuno vecino
se nos ha entrado en la viña,
y me parece legítimo
vendimiarlo ántes que él logre

vendimiarnos los racimos.

ROD. Estéril baladronada:
sueños de gente sin juicio,
sin recursos, casi inerme,
que por un vano puntillo
intenta comprometer
del Estado los destinos.

FELIX. Quieren salvar el honor
de este suelo nobilísimo.

ROD. ¿Y con qué?

FELIX. Con nuestros pechos.

ROD. Palabras!

FELIX. Hechos.

ROD. De niños.

FELIX. Que pudieran ser jigantes.

ROD. Como los de *los Molinos*.

FELIX. Ó como los de *Lepanto*.

ROD. Acabemos.

FELIX. Por concluido.

ROD. ¿No estás con licencia?

FELIX. Cierto.

ROD. Ilimitada?

FELIX. Exactísimo.

ROD. Pues entónces ¿quién te obliga?

FELIX. Á mí nadie; yo me obligo.

ROD. Y ¿qué has de hacer?

FELIX. Lo que pueda.

ROD. Enfermo estás.

FELIX. Pero aún vivo.

ROD. En fin, no quiero que aceptes
un inútil sacrificio.

FELIX. Señor... eso es imposible.

ROD. ¡Lo mando! ¡te lo prohibo!

FELIX. Sé que le debo obediencia,
y para mí siempre han sido
sus preceptos como leyes,
pero hoy el caso es distinto:
hoy, señor, nos encontramos
en un general conflicto:
hoy el rey, la patria, Dios,
reclaman nuestros servicios,
y Dios, la patria y el rey...

son primero que los tios.

(Saluda respetuosamente y se retira por el foro.)

ESCENA XII.

D. RODRIGO.

¡Desobediencia como ella!
¡proceder más inaudito!
Se me declara rebelde,
contraría mis designios...
Pues yo haré que se arrepienta
de su error!—¡El presumido!
pensar que va á detener
la gran corriente del siglo...
presentarse en campo abierto
y verter la sangre á rios
por lo que tal vez mañana
les dé el premio en un suplicio.
Imbécil!... Quiero salir,
alejarme de estos sitios
y volver pronto á mis tierras,
que en viéndome entre los mios...
¿Mas no hay nadie en esta casa?
¿Será cosa de dar gritos...
Me parece que álguien llega.
Sí, por allí siento ruido.

(Aparecen por el fondo Damian y María, ésta llorando.)

ESCENA XIII.

DAMIAN, MARÍA, RODRIGO.

DAMIAN. María, no llores más.
MARIA. ¿No quieres, Damian, que llore?
¿no he de sentir que nuestro hijo
vaya á la guerra tan jóven?
DAMIAN. Yo no me opongo á que sientas;
mas no quiero que solloces.
Hoy no es dia de llorar,
sino de batir el cobre

y de animar á la gente
para que empuje y no afloje.

MARIA. Bueno, yo haré lo que pueda.

DAMIAN. Toma las llaves del cofre
y saca algunos dineros
para el muchacho.

MARIA. (Acercándose puerta izquierda.) Bien.

DAMIAN. Corre.

ESENA XIV.

DAMIAN, RODRIGO.

ROD. No me hace caso... ¡Patron!

DAMIAN. (Descubriéndose.)
Su señoría perdone
si no había reparado...
porque llevo hoy á remolque
tantos asuntos, que tengo
esta cabeza á las once.

ROD. Por lo mismo me propongo
librarle del peso enorme
de nuestra presencia, y quiero
partir. Que busquen un coche.

DAMIAN. Usía quiere partir...

ROD. Quisiera hacerlo al galope
y llegar pronto á Sevilla.

DAMIAN. Pues mala ocasion escoge.
La tierra está muy revuelta,
y, aparte de otras razones,
se dice que en los caminos
abundan los malhechores.

ROD. Nada temo. En el Condado
de Niebla acatan mi nombre,
y ni uno habrá, ni uno solo
que mi libre paso estorbe.

DAMIAN. Dicho sea con respeto,
me temo que se equivoque.

ROD. Yo sé muy bien lo que digo
y no admito observaciones.

DAMIAN. Por su bien le aconsejaba.

ROD. Pues los consejos acorte:

no piden los caballeros
consejo á los pescadores.

DAMIAN. Pues cuando se ven perdidos
allá en borrascosa noche,
bien piden los caballeros,
y con lastimeras voces,
que los saque el pescador
de entre las ondas salobres.

ROD. Es propia accion de villanos
echar en cara favores,
que valen... cuando se callan..

DAMIAN. Me fuerza á que los pregone
la injusticia con que usía
me trata y los desconoce.

ROD. Altivo es el pescador.

DAMIAN. Tanto... como ingrato el noble.

ROD. Yo sabré pagar con oro,
para que así no me apode,
servicios que hace cualquiera
sin darles tanto rimbombe.

DAMIAN. Su señoría se guarde
sus relucientes doblones,
que en esta casa de humildes
y villanos pescadores,
la caridad que se ejerce
no ha nacido quien la compre.

ROD. Bien, eso quiere decir
que anhela que el premio doble.

DAMIAN. Esto quiere decir sólo
que es usía un rico... pobre.

ROD. Repórtese el pescador.

DAMIAN. Pues que el noble se reporte.

ROD. Yo procedo como debo.

DAMIAN. Y yo cual me corresponde.

ROD. Yo no puedo consentir
que un plebeyo me sonroje.

DAMIAN. Ni yo me dejo tampoco
humillar por ningun hombre.

ROD. Yo gozo de privilegios
que heredé de mis mayores.

DAMIAN. Yo tambien tengo los mios
ganados entre cañones.

ROD. Yo ejerzo jurisdiccion.
DAMIAN. Yo tambien, aunque se asombre.
ROD. ¡Soy el señor de Sanlúcar!
DAMIAN. ¡Yo el alcalde de Ayamonte!
Y para que el caballero
al plebeyo no reproche,
quiero que un hecho conozca,
hecho que pocos conocen.
(Toma del altar el pedazo de bandera.)
Este pabellon que el fuego
inglés convirtió en girones
el dia de Trafalgar,
estuvo izado en el tope
del *San Juan Nepomuceno*,
de eterno sin par renombre.
Muerto ya su comandante,
el héroe entre héroes, DON COSME;
desarbolado el navío;
desmontadas las mejores
piezas de las baterías,
y contándose á montones
los muertos y los heridos
en aquel glorioso choque,
iba ya á ser nuestro barco
presa de los vencedores.
Entónces, gran caballero,
este plebeyo, de un golpe
arrancó lo que quedaba
de la bandera, y hundióse
en las irritadas olas,
que eran muy bravas entónces.
Quiso Dios que me salvára
manteniéndome allí á flote,
y logré salvar conmigo
el amor de mis amores:
¡la bandera de mi barco
desgarrada por el bronce!
estrella del buen marino,
del soldado hermoso norte.
¿Cuenta usía entre los suyos
cual éste muchos blasones?
ROD. Yo cuento los que me bastan

para sentarme entre próceres
y para no envidiar timbres
al mayor grande del orbe.
Pero demos ya de mano
á pueriles digresiones,
y cada cual tal cual es
en su lugar se coloque.

DAMIAN. Si desde el principio usára
de palabras tan acordes,
mi boca no hubiera dicho
tus ni mus, ni hóste ni moste.

ROD. Yo á nadie maltrato; pero
no gusto de que me enojen.

DAMIAN. Digo lo mismo; á ninguno
le gusta que le incomoden.

ROD. Es que el bueno del marino
se ciega y se descompone.

DAMIAN. Es que tambien es usía
algo tieso de cogote.

ROD. Yo procedo siempre así.

DAMIAN. Yo bailo al son que me toquen.

ROD. ¿Se vuelve á descomponer?

DAMIAN. ¿Vuelve usía al tole tole?

ROD. Yo no ofendo.

DAMIAN. Yo tampoco.

ROD. Pues no grite.

DAMIAN. No provoque.

ROD. (Este hombre no puede ser
como dicen un arlote.)
En fin, deseo marchar;
á ver lo que se dispone
para que al mediar el dia
mis propósitos se logren.

DAMIAN. En otro dia... no digo...
pero hoy... repito que escoge
muy mala ocasion.

ROD. ¿Por qué?

DAMIAN. Es dia de confusiones:
la gente está algo caliente...
y temo que se alborote.

ROD. Y eso ¿qué me importa á mí?

DAMIAN. Pues será bien que le importe..

ROD. Eh?
DAMIAN. Con los *afrancesados*
están dados al demontre.
Y como dicen que usía...
ROD. Eso dicen!
DAMIAN. Eso se oye.
Pudieran darle un mal rato
si por fuera lo entrecogen.

ESCENA XV.

DICHOS, PEPE.

PEPE. Padre?...
DAMIAN. Déjanos ahora.
Vé, que tu madre te espera.
PEPE. Allá voy; pero si ántes
su merced me da licencia...
DAMIAN. Para qué?
PEPE. Para decirle
que acaban de llegar nuevas
de Cádiz y de Sevilla
y de Múrcia y Cartagena...
DAMIAN. Bien, y esas nuevas ¿qué dicen?
PEPE Que ya está armada la gresca
en toda España; los pueblos
se arrojan á la pelea,
y quieren matar franceses
y á cuantos los favorezcan.
En Cádiz han arrastrado
á Solano.
DAMIAN. ¡Qué me cuentas...
ROD. (¡Malo es esto...)
PEPE. Y en Sevilla
han dado muerte violenta
al señor conde del Águila...
ROD. ¡Mi primo!... desgracia horrenda!
PEPE. Estas nuevas pronto aquí
calentarán las cabezas;
se van arremolinando;
se agitan mucho y ya empiezan
á dar en la plaza ¡vivas!

y tambien algunos ¡mueras!
DAMIAN. Despídete de tu madre.

ESCENA XVI.

D. RODRIGO, DAMIAN.

DAMIAN. Conque, señor, cuando quiera,
el viaje puede emprender,
pues la ocasion es de perlas.
ROD. Yo no sabía...
DAMIAN. Yo sí;
sospechaba estas escenas,
y por eso le decía
que de aquí no se moviera.
ROD. De aquí... Pero bien, aquí...
¿estoy seguro? Si llegan,
si intentan un atropello
¿qué medios hay de defensa?
DAMIAN. Hay los que inspire el valor
y aconseje la prudencia.
ROD. Eso es muy vago...
DAMIAN. Será;
pero aunque le dé mil vueltas,
no encontrará otros mejores
en rebujinas como estas.
ROD. Estoy lleno de inquietud.
DAMIAN. Siempre la calma fué buena.
ROD. ¡La calma! yo la tendría
si se tratára de empresas
en que imperasen la ley,
la justicia, la nobleza.
Pero ese pueblo salvaje
cuando á desmanes se entrega,
no se detiene ante nada,
nada acata ni respeta.
DAMIAN. El caballero se apura
por demas con la revuelta.
ROD. Como en Cádiz y Sevilla
puede ser aquí sangrienta...
DAMIAN. Ya véremos...
ROD. ¡Ya veremos!...

Si para entónces lo deja...
Supongamos que es llegado
el caso y que la tormenta
estalla. ¿Qué piensa hacer?

DAMIAN. El pescador sólo piensa
tomar su vara de alcalde,
y desde la puerta afuera,
rompérsela en las costillas
al primero que se atreva
á querer entrar en casa.

ROD. Pero... ¿y si aun así penetran?

DAMIAN. Será porque habré caido
muerto guardando mi puerta.

ROD. Y despues...

DAMIAN. Despues de muerto...
Dios nos dé la gloria eterna.
(Óyense muy á lo lejos y confusamente aclamaciones populares.)

ROD. Ha oido!

DAMIAN. Confusamente...

ROD. ¿Si vendrán aquí...

DAMIAN. Que vengan.

ESCENA XVII.

DICHOS, FÉLIX.

FELIX. (Saliendo.) ¿Dónde está Damian?

DAMIAN. Aquí,
mi capitan; ¿qué me ordena?

FELIX. Hay que salvar á mi tio:
la muchedumbre se encrespa;
el batallon está en marcha;
pero al punto que nos pierdan
de vista, lo buscarán...
Quiero que desaparezca
ántes de marcharme... ¿puedes?
Tu amigo así lo desea.

DAMIAN. Mi amigo, no; el sólo dueño
de mi vida y de mi hacienda.
Lo pondremos en franquía.
(Se repiten las aclamaciones populares.)

ROD. Pues vamos... que el tiempo apremia...
FELIX. Por tierra será imposible.
DAMIAN. Pues será por agua...
(Alzando la voz.) ¡Alerta!
¡Há de Gamboa!!

ESCENA XVIII.

DICHOS, GAMBOA.

GAMBOA. Nostramo.
DAMIAN. Vas á hacer una proeza...
GAMBOA. Yo haré lo que su mercé,
me mande por mar y tierra.
DAMIAN. La de salvar al señor:
condúcelo por la cueva
de poniente, hasta salir
al bajo de las arenas:
toma una barca, hazte al mar;
fuerza remo, caza vela:
en cuanto llegue la noche
demanda la costa apriesa,
y lo alijas por Chipiona,
junto al convento de Regla.
GAMBOA. ¿Qué más?
DAMIAN. Que si es menester
morir por ello, que mueras.
GAMBOA. Zerá su mersé zervío.
DAMIAN. (Sacando del seno un escapulario.)
Lo juras?
GAMBOA. (Quitándose el gorro y extendiendo la mano sobre el escapulario.)
Lo juro.
DAMIAN. Besa.
(Gamboa besa el escapulario.)
Á la vuelta te daré
las llaves de mi bodega.
GAMBOA. Estónses ya no me mata
ni un rayo de la armosféra.
DAMIAN. Pues en marcha.
ROD. Mas... mi esposa..
DAMIAN. Aquí segura se queda:

la señora irá á buscarle
cuando usía lo resuelva.
(Nuevas aclamaciones, pero siempre á lo lejos.)

FELIX. Que no hay tiempo que perder.

ROD. Vamos!...

DAMIAN. (Á Gamboa.) Leva la compuerta.

GAMBOA. (Levanta un tablon que descubre la boca de un subterráneo.)
Yo iré alante.

ROD. (Siguiéndole.) Adios.

FELIX. Adios.

GAMBOA. (Bajando.)
Abajo echaremos yescas.
(Desaparecen Gamboa y Rodrigo por el subterráneo, y Damian vuelve á echar la compuerta.)

DAMIAN. (Dirigiéndose al foro y saliendo.)
Vamos á ver qué nos quieren
esos mozos que vocean.

FELIX. Y yo te sigo...
(Al dirigirse al fondo, aparece Luz en la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIX.

LUZ, FÉLIX, CLEMENCIA, á su tiempo.

LUZ. ¡Ah señor...

FELIX. ¡Oh Luz!... bendigo mi estrella
que me concede un instante...

LUZ. Mi madre y Pepe se acercan...
Adios... y que esta reliquia
(Le da un medallon.)
de todo mal le defienda.

FELIX. Aquí sobre el corazon
lo llevaré, mi Luz bella.
¿Pensarás en mí?

LUZ. Á la Vírgen
pediré con todas veras
que nos conserve su vida.

FELIX. Sí hará...

LUZ. Adios...

FELIX. ¡Bendita seas!

CLEM. (Entreabriendo la puerta de la derecha y asomando

la cabeza.)
Muy buen viaje.

LUZ. ¡Ella!

FELIX. Adios, tia!

(Clemencia se retira, cerrando la puerta bruscamente Óyese un redoble de tambores y aparece Carranza en el foro en traje de camino.)

ESCENA XX.

LUZ, FÉLIX, CARRANZA.

CAR. La de vámonos.

FELIX. Pues ¡ea!
¡Á cumplir como valientes
y Dios á España proteja!
(Se retira por el foro.)

CAR. Es de creer... mas por si acaso
llevo provision de vendas.
(Bajando al escenario.)
¿Aquí Luz?... ¡oh lucecita!
quién á campaña pudiera
llevarse una luz tan pura,
en vez de emplastos y sierras
para tapar agujeros
y cortar brazos y piernas.

LUZ. ¿Será la ausencia muy larga?

CAR. ¿Qué? ¿le interesa mi ausencia?

LUZ. ¿Cómo no sentir...

CAR. (¡La pobre!...
¡Qué buena ocasion es esta...
si fuera buena ocasion.
Me insinuaré á la ligera...)
La ausencia... ¿quién va á medirla?
pero si el ausente lleva
alguna dulce esperanza...
(María y Pepe por la puerta izquierda, el último con un morralillo sujeto á los hombres.)

ESCENA XXI.

MARIA, LUZ, CARRANZA, PEPE.

MARIA. Hijo, procura...
PEPE. No tenga
cuidado, señora madre.
CAR. (Está visto; no hay manera...)
PEPE. (Abrazando á su hermana.)
Hermana...
LUZ. Adios, Pepe mio...
CAR. (¡Me declararé á la vuelta!...)
Conque señora María...
MARIA. Señor, mucho me consuela
que vaya usted con los nuestros...
CAR. Pues... ¿y á mí?... (¡Dóime á pateta!)
MARIA. Vaya, hijo mio, otro abrazo...
PEPE. Madre, con el alma entera...
(Aparece Damian en la puerta del fondo desde donde dice sin que le oigan los que están en escena.)

ESCENA XXII.

DICHOS, DAMIAN.

DAMIAN. Ya están á buena distancia
los tales busca-pendencias.)
MARIA. Á portarse como un hombre
en la temida refriega:
que nunca tenga tu padre
de ser tu padre vergüenza.
Vas á defender la patria,
bendecida madre nuestra...
defiéndela... ¡hasta morir!...
(¡Ay... me está ahogando la pena!)
DAMIAN. (Avanzando con brío.)
¡Esa es mi mujer! La madre
de mi prole!... ¡Santa hembra!
Pepe!
PEPE. Señor...
DAMIAN. Nunca olvides
sus palabras...

PEPE. ¡Ántes muera!...
DAMIAN. Del batallon eres guía
y aún no te han dado la enseña...
(Armando el pabellon del San Juan en un asta.)
yo voy á entregarte una...
la mejor entre las buenas.
Ella sabrá conduciros
del sacro honor por la senda...
(Desplegándola.)
¡Bandera de nuestras glorias!...
tómala: rodilla en tierra.
(Pepe se arrodilla y Damian lo cubre con ella.)
Esta bandera te entrego,
y al tomarla, considera
que el espíritu y la sangre
de tu padre va con ella.
¡Dios te bendiga, hijo mio,
y pronto á casa te vuelva!
(Pepe toma la bandera, besa las manos á su padre y óyese el toque de marcha que se va alejando poco á poco.)
CAR. La marcha!... adios!
PEPE. Vamos.
MARIA. ¡Hijo!...
(Todos se dirigen al fondo, y cuando han desaparecido Carranza y Pepe, se acercan los demas á la ventana.)

ESCENA XXIII.

MARÍA, LUZ, DAMIAN.

DAMIAN. ¡Quién ir con ellos pudiera!
LUZ. (Mirando por la ventana.)
Ya va á caballo don Félix...
MARIA. Y mi Pepe á la carrera
se va á poner á su lado...
LUZ. Llegó y la mano le aprieta...
DAMIAN. Y qué gallardo va el chico
con su fusil y bandera...
LUZ. (Agitando el pañuelo.)
¡Adios!

MARIA. (Lo mismo.) Adios!

LUZ. (Arrojándose en los brazos de su madre.)
Madre!... madre!

MARIA. ¡Hija!... qué solas nos dejan!

DAMIAN. (Enternecido.) No se puede mirar esto
sin que se aflojen las cuerdas...

MARIA. Tú tambien lloras, Damian?

DAMIAN. Y qué he de hacer, ¿soy de piedra?
ya no me ven... y ya puedo
arrojar la corredera...
Venid... vamos á rezar,
y en tanto que ellos pelean,
supliquemos á la Vírgen
de misericordias llena,
que sobre esas nobles almas
su manto piadosa tienda.

(Se dirigen al altar; rompe la música del batallon en un paso de ataque y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Aparecen Clemencia sentada y con traje de luto. María á su derecha de pie; Damian á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, CLEMENCIA, DAMIAN.

CLEM. Ha sido una gran desgracia.
DAMIAN. ¿Y ya qué hacerle, señora?
MARIA. ¿Y se encuentra ya mejor?
CLEM. Sí, me siento...
DAMIAN. El tiempo borra
poco á poco las tristezas...
CLEM. Para que sintamos otras.
Ayer señora de pueblos
y hoy viuda, abatida, sola...
MARIA. Nadie pudo sospechar
una desgracia tan pronta...
DAMIAN. Pues no sé por qué sorprenden
tanto en el mundo estas cosas.
La vida es algo andariega
y un mucho voluntariosa;
de pronto viene y se va
cuando mejor se la antoja.
¿Quién lo evita? Esto se ve
en la tierra á todas horas.

Don Rodrigo era un señor
de salud algo achacosa;
parece que le pusieron
allá en Sanlúcar la proa,
y, lo que es muy natural,
los sustos y las zozobras,
andar á salto de mata,
y á su edad...

CLEM. ¡Qué tristes bodas!

DAMIAN. Muy tristes, cuando pudieron
haber sido tan dichosas...

CLEM. ¿Cómo...

DAMIAN. Don Félix muriendo
há tiempo, vive y retoña;
y don Rodrigo, sin más
enfermedad que la gota,
se ha quedado como un pájaro.
¡Cuánto mejor maniobra
hubiera sido casarse
con don Félix...

CLEM. Pues lo nombra...
Usted sabrá...

DAMIAN. En Ayamonte
se sabe toda esa historia.

MARIA. Si no se han casado ántes
se pueden casar ahora...

CLEM. Quién sabe... pudiera ser...
si nos dispensára Roma...
¿Y Luz está ya mejor?

MARIA. Lentamente se recobra.
Dejará el lecho, y á él
se volverá en cuanto coma.

DAMIAN. No sé qué tiene esa niña...
noto que se desmejora...

CLEM. Es tan delicada y pura...

DAMIAN. Como una blanca paloma.

CLEM. Y de don Félix hay nuevas?

DAMIAN. Desde la hazaña gloriosa
de Bailen, no nos ha escrito;
pero se sabe que á Coria
llegaron hace tres dias,
y si es verdad, aunque ahoga

el calor, tengo por cierto
que hoy alguno aquí pernocta.

CLEM. Deseo que así suceda.

DAMIAN. Yo tambien.

MARIA. Que Dios los oiga,
para darle cien mil besos
á Pepe, y me quedo corta.

DAMIAN. Ya vendrán, que de ley son:
el que de veras me asombra
es Gamboa, que hace un mes
salió á la mar... y hasta ahora...

CLEM. ¿Es el que llevó á Rodrigo...

DAMIAN. El mismo, y cumplió con honra.
He sabido que la barca
la dejó amarrada en Rota,
y desde entónces ninguno
da cuenta de su persona.
(Empieza á levantarse la compuerta del subterráneo.)

CLEM. (Dando un grito y retrocediendo.)
¡Ah! ¡qué es eso!...

MARIA. ¡La compuerta...

DAMIAN. Pero quién... calle!... ¡es Gamboa!

ESCENA II.

DICHOS, GAMBOA.

GAMBOA. Güervo por onde me juí.

CLEM. ¡Jesús, qué susto me ha dado!

DAMIAN. Nos tenias con cuidado...

GAMBOA. Pus zeñó, ya estoy aquí.

MARIA. Pues me gusta la soflama;
¿qué has hecho desde hace un mes?

GAMBOA. Lo cuentaré á zus mersés,
poi ca eso vengo, mostrama.

MARIA. Tendrá que oir la cancion.

DAMIAN. ¿Qué ha sido, ¡mala polilla...

GAMBOA. No ha sío ná... una carreriya
asin, como é zopeton.
Zartando com'una cabra
cuando su encargo acabé,
bajé á tierra, y me colé...

(Ademan de beber.)
pa remojá la palabra.
Con mil camarás ayí
me encontré, y ¡qué rebuyisio!
aqueyo era er dia er juisio...
la mesma buya caquí.
Toa la gente estaba armá;
quien con un rabo e zarten,
quien con un cuchiyo, y quien
con una tranca aguzá.
En metá d'aquel repique
les dije: ¿aónde vais, muchachos?
«Vamo ja matá gavachos.»
Y jumando y de palique,
mos juimo zaliendo ajuera...
y la bota... y ¡venga d'ahí!
¡viva España!... y sin sentí...
mo jayamo zen Utrera.
Más gente ayí y más tirante:
era sin comparasion
más grande la movision...
«¡Al campo! To er mundo alante!»
Y á Carmona. ¡Ande la tuna!
Écija... ¡siga la prieza!
Mas qué sudiá es eza?... ¿Eza?
es ¡Córdoba! la moruna.
Arza!... y tos cantando en coro
y trincando de primó,
jala!... y jala!... Pus zeñó,
que ya estamo zen Montoro.
¿Quién se güerve estando ayí?
Pus vamo za la pelea
pa ve de qué pié cojea
er fransés... «¡Que ya está ahi!»
gritan, y en un zantiamen
por Anduja mos zubimos
á los serros, y ar fin vimos
las yanuras e Bailen.
¡Ya estaba, ya estaba armá!
¡qué jumo! y ¡cómo atruenaba!...
¡Cabayeros! ayí estaba
toico er valle e Josefá!

Zonaba en las peñas güecas
er cañon, que daba grima;
espues z'entró una calima
que erretía las mantecas.
¡Qué zé! caían á sientos,
y ca cuál ganá quería
un arroyo que corría
entre los dos campamentos.
¡Cuánta gente ayí cayó
por el uno y otro bando!
Mujotros ayí atisbando...
¡asta q'arguno gritó:
—«¿Por qué no apagar la fragua?
Los nuestros zestán muriendo
de zé... y los estamos viendo...
vamos á yevarles agua!!»
Y espresiando los calores,
jásia los nuestros corrimos,
y á la ves tos aprendimos
el ofisio de aguaores.
Éste les yeva una jarra;
aquel les yeva un puchero;
otro yena su zombrero;
otro yena su guitarra;
y hubo hombre que en una noria
sus dos sapatos llenó,
y á los nuestros los llevó...
y el agua les supo á gloria.
¿Qué tar la caló zería?
Pus cuando se refrescaron
jué tanto lo q'apretaron
los chicos, que ¡mare mia!...
Er francés tocó á retreta...
y ¡hala ensima!... y ¡otra ves...
Zeñó!... no ha quedao un fransés
ni pa taco d'escopeta.

MARIA. ¿Y has visto á Pepe?

GAMBOA. Á tos ví.
¿No han güerto?

MARIA y DAMIAN. No.

GAMBOA. Pus creía
q'aquí los encontraría...

salieron elante e mí.

DAMIAN. Y de esta ausencia ¿qué infieres?

GAMBOA. Vendrán quemaos, medio encueros...
y s'habrán quedao ronseros...
Pepiyo viene d'arféres.

MARIA. ¡Hijo de mi alma!

DAMIAN. Ya ha escrito...

GAMBOA. ¡Con qué empuje... ¡Ave María!
asaltó una batería
y la ganó el angelito!

CLEM. ¿Y Félix?

GAMBOA. Mu regulá.
Ha sacao un chinarraso
así, á la metá der braso...
pero ér dise que no es ná.
¡Qué firme estaba y qué erecho
ar frente e su batayon!...

DAMIAN. Es que tiene un corazon
que no le cabe en el pecho.
Y pues tras de un mes de brega
vuelves de casa al abrigo,
te voy á dar en castigo...
las llaves de la bodega.
Ven; te las voy á entregar.

GAMBOA. ¡La boega!... ¿quién resiste...
Santísimo Corpucriste...
¡qué beso le voy á dar!!
(Damian y Gamboa se retiran foro izquierda.)

ESCENA III.

MARÍA, CLEMENCIA.

CLEM. Diga, señora María;
si don Félix hoy del campo
vuelve...

MARIA. Qué?

CLEM. ¿Se hospedará
en esta casa?

MARIA. Pues claro.
¿Adónde estará mejor
asistido y más cuidado?
Esta casa es como suya

y todos le contemplamos...

CLEM. ¿Y la señora María,
no encuentra en ello reparo...

MARIA. Yo... ¿qué reparo, señora?
aquí siempre se ha hospedado;
él es nuestro bienhechor
y nos honra...

CLEM. Sin embargo;
con todos esos motivos,
en la apariencia tan gratos,
pudiera el vulgo mordaz
de tal manera explicárselos...

MARIA. ¡El vulgo mordaz!... Tendría
que mentir con tal descaro
para hallar otros motivos,
que nos tiene sin cuidado.

CLEM. Me parece que confía
mucho en su conciencia...

MARIA. Tanto
como el que procede en todo
con pensamientos honrados.

CLEM. No lo dudo, pero á veces
en el camino más llano,
por distraccion, por descuido,
se suele dar un mal paso...

MARIA. Aquí esos pasos no pasan.

CLEM. Pues pasan.

MARIA. ¿Cómo?... no alcanzo
lo que quiere la señora
decirme...

CLEM. Es sencillo el caso.
Tiene usted una hija bella;
don Félix es muy gallardo,
y aunque enfermo, se asegura...

MARIA. ¡Dios me tenga de su mano!
¿Qué se asegura, señora?
algun testimonio falso.

CLEM. Nada; que se aman los dos...
¿Eso qué tiene de raro?

MARIA. Mucho, si eso fuera cierto,
por ser desiguales ambos.

CLEM. Pues por eso le decía...

no pudiendo ser casados...

MARIA. Pueden ser dos buenas almas
que se estimen al amparo
de la santa gratitud,
sin ofensa del recato.

CLEM. La gratitud y el amor
viven siempre tan cercanos...

MARIA. Mi hija le debe la vida,
y es don Félix tan hidalgo,
que nunca deslucirá
su nobleza ni sus lauros.

CLEM. Eso es lo que debe ser;
pero amor es tan menguado,
que trastorna los sentidos
del hombre y calcina el mármol.
Don Félix es caballero...
pero hay momentos aciagos
en que el más noble se olvida,
y sin querer... arrastrado...

MARIA. Él no abusará jamás.

CLEM. Viviendo tan inmediatos...
es expuesto...

MARIA. La señora
me llena de sobresalto...

CLEM. Y con razon: ya hay quien dice
que los ha visto abrazados...
jurándose amor eterno...

MARIA. ¿Y quién es el temerario
que eso ha visto y eso dice...

CLEM. Yo lo digo. En este cuarto
los he visto... allí! allí mismo!...
unidos en tierno abrazo.
Diga si no es peligroso
seguir un juego tan árduo...

MARIA. ¡Dios de bondad! ¿este golpe
me tenías reservado?
Señora... si eso es verdad;
si el uno y la otra olvidando
lo que á sí propios se deben
y á este hogar nunca manchado,
han cometido una falta,
le juro por lo más santo

que no incurrirán en otra
aunque vivan dos mil años!
(Váse precipitadamente foro derecha.)

ESCENA IV:

CLEMENCIA, despues CARRANZA.

CLEM. Bien: ha prendido la chispa:
el golpe está ya parado:
aunque humildes pescadores
tienen su orgullo, y aguardo
que desde hoy en adelante
serán con Félix más cautos.
Sáquelo yo de esta casa,
logre tenerlo alejado
de esa ninfa... y lo demas,
lo demas se irá arreglando.
Álguien llega... (Aparece Carranza en el foro.)
Mas ¡qué miro!
¿De vuelta ya el licenciado?
CAR. Hemos sabido, señora...
y lamento sus quebrantos...
CLEM. Son altos juicios de Dios,
á los que, como cristianos;
nos debemos someter.
CAR. Eso es lo justo, y aplaudo...
CLEM. ¿Y qué tal la expedicion...
CAR. Hubo en ella sus trabajos:
mucho calor, mucha sed,
poco pan y mucho palo.
Hemos salido con gloria;
á Dupont venció Castaños:
los muertos, muertos se quedan,
y los vivos aquí estamos.
CLEM. ¿Cómo es que llega el primero?
CAR. Porque yo. . yo... ¿á qué ocultárselo?
vengo en alas del amor;
aquí una prenda he dejado...
CLEM. ¿En esta casa...
CAR. ¡Ay señora!
en este cielo de encantos.

CLEM. (¡Calle! ¡qué descubrimiento!)
¿Está usted enamorado
de Luz...

CAR. Como un estudiante;
sí señora, la amo! la amo!
pero nunca se lo he dicho;
es un secreto que aún guardo
en lo hondo del corazon.

CLEM. ¿Y por qué tan reservado?

CAR. Porque soy bastante torpe,
y encogido y mentecato.
Luégo, he tenido desgracia...
cuantas veces he intentado
hablar... me han interrumpido...

CLEM. Pues debe usted ser más franco...

CAR. ¿Más franco? Sí que debía...
pero soy tan desmañado...

CLEM. (¡Pobre señor!) ¿Quiere usted
que en el trance en que le hallo
le sirva de medianera?

CAR. ¡Usted!... ¿á mí?... ¡Honor tan alto...
¡eso sería elevarme
de la ventura al pináculo...

CLEM. Pues descanse usted en mí,
que yo haré lo necesario
para que alcance muy pronto
esa codiciada mano.

CAR. ¡Voy á enloquecer...

CLEM. Pero ántes...
(Mirando si hay álguien que escuche.)
ántes hagamos un pacto.

CAR. Los que quiera la señora;
desde hoy tiene en mí un esclavo.

CLEM. ¿Qué opina de la salud
de don Félix?

CAR. Que es un diablo:
en la apariencia está bueno,
mas no me deja auscultarlo.
Siempre dice que mañana,
y nunca llega... Entre tanto
va á la guerra, entra en combate,
pasa las noches al raso,

y en vez de empeorar, parece
que se va vigorizando...
En los signos exteriores
no hay nada de extraordinario...

CLEM. Pues necesito que usted
apoye... Pero oigo pasos;
sígame usted y hablaremos.
(Váse Clemencia puerta derecha.)

CAR. (Siguiéndola.)
¡Qué fortunon se me ha entrado...
Me declaro... ¡y sin hablar!!...
¡De esta vez sí que la atrapo!
(Sale Damian foro izquierda.)

ESCENA V.

DAMIAN, despues GAMBOA.

DAMIAN. ¡Hola! que ya está ahí Carranza...
¿No dije? ya van llegando
nuestros valientes guerreros...
Mas ¿cómo se entra en el cuarto
de la señora y no dice
«¡há de la casa!...»
(Sale Gamboa muy alegre, revclando el principio de una embriaguez, que irá creciendo en las siguientes escenas.)

GAMBOA. Mostramo!

DAMIAN. ¿Qué hay, Gamboa?...

GAMBOA. Cá d'habé?
que mos ha piyao empopaos
un rachaso é viento fresco...
y ¡hasta er cielo!

DAMIAN. Malo, malo.
¿Has entrado en la bodega?

GAMBOA. Una asomaiya l'he dao...

DAMIAN. Ya se conoce.

GAMBOA. Pus qué!
¿me voy ya á pique...

DAMIAN. No tanto;
pero pierdes las amarras...

GAMBOA. Habrá sio con er fato...

zi á una pipa e treinta arrobas
l'habré apena rebajao
dos deos...

DAMIAN. Has hecho bien,
Gamboa, tira de largo.
¿Qué venías á decirme?

GAMBOA. ¡Cómo qué!... ¿pu jasí estamo?
aún no he dicho á su mersé...

DAMIAN. Nada.

GAMBOA. ¡Pu zoy un garnápiro!
porque he debio empezá
por desirle que está abajo...

DAMIAN. Quién?

GAMBOA. (Señalando al fondo.)
Pus no!... que ya está arriba.
(Entran abrazados María y Pepe.)

DAMIAN. Pepillo!...

PEPE. ¡Padre!...
(Mientras se abrazan y besan en el fondo, dice:)

GAMBOA. Acabáramo!
Como si er patron Gamboa
no supiá dar un recao!
Tan y mientras que se besan
le voy á dar otro azarto...
¡dos deos!... á ve si ayego
á la cuarta... y mo jartamos. (Váse.)

ESCENA VI.

MARÍA, DAMIAN, PEPE.

MARIA. Pero ¿no ves qué moreno?

DAMIAN. Ese, ese es el buen color
del soldado...

PEPE. Y bien, señor,
¿me he portado como bueno?

DAMIAN. Pepillo, si así no fuera,
ni mis brazos te daría
ni aquí te recibiría.
¿Qué has hecho de mi bandera?

PEPE. Tanto la estima el cañon,
que sólo ha dejado un resto:

lo he doblado y me lo he puesto
(Sacando del pecho un giron de la bandera.)
encima del corazon.

DAMIAN. Dame acá... ¡buen chico! ¡guapo!
su valor ya es sin segundo;
¡qué glorias habrá en el mundo
que valgan más que este trapo!
(Lo besa y se lo guarda en el seno.)

PEPE. ¿Y Luz?

MARIA. Poco á poco gana
en salud; pero confio
que muy pronto... Anda, hijo mio,
entra y abraza á tu hermana.
(Entra Pepe puerta izquierda.)

ESCENA VII.

MARÍA, DAMIAN.

DAMIAN. ¿No vas con él?

MARIA. No... quería...

DAMIAN. Qué?

MARIA. Pero... (Ay Dios!... ¿cómo salgo...)
Quería que...

DAMIAN. Aquí pasa algo.

MARIA. Sí que pasa.

DAMIÁN. Habla, María.
¿Por qué te encuentro turbada?

MARIA. Porque evitarte quisiera
un pesar... y no hay manera;
no debo ocultarte nada.

DAMIAN. ¡Por la santísima cruz!...
que no alcanzo á comprender...
¿de qué se trata, mujer?

MARIA. De don Félix y de Luz.

DAMIAN. Luz... Félix... ¡por vida mia!
¿qué pesares por ahí
pueden venir para mí?

MARIA. Uno y grande...

DAMIAN. Habla, María.

MARIA. Sobre ligeros deslices,
sobre su amante locura,

hay por fuera quien murmura.

DAMIAN. Y por dentro, tú, ¿qué dices?

MARIA. Yo digo como los otros,
que Luz ama con exceso
á don Félix.

DAMIAN. ¿No es más que eso?
pues ¿no le amamos nosotros?
Si por él del bien gozamos,
si la salvó... aunque suspire,
¿qué mal hay en que ella admire
lo que todos admiramos?

MARIA. Pues yo un mal y grave toco:
mientras Luz su amor callaba
y don Félix lo ignoraba,
todo ello importaba poco.
Pero hoy lo sabe...

DAMIAN. Por Cristo
que no entiendo este proceso:
¿quién sabe y ha visto eso?

MARIA. Doña Clemencia lo ha visto.

DAMIAN. ¿Lo ha visto mientras ausente
de casa don Félix mora?
Paréceme esa señora
Clemencia poco clemente.
¿Cómo ambos en su presencia
han podido de su afan
dar muestras... Esos serán
chismes de doña Clemencia.

MARIA. Yo sólo decirte sé
que el amor de Luz es cierto;
y que si él lo ha descubierto
es peligroso...

DAMIAN. ¿Por qué?

MARIA. El por qué bien claro está;
cualquier abuso podría...

DAMIAN. ¿Qué es lo que dices, María?
Don Félix no abusará.

MARIA. Á tí no te da cuidado...
porque, aunque de humilde nombre,
eres modelo del hombre
leal, noble, confiado...

DAMIAN. No digo que sí ni no:

mi valer poco me altera;
pero valga lo que quiera
vale él mucho más que yo.

MARIA. Valdrá, aunque no para mí:
se portará, así lo espero,
como un digno caballero,
un gran señor... pero dí:
si se aman, ¿hemos de ver
en paz su amante querella?
¿puede él casarse con ella?

DAMIAN. ¡Qué se ha de casar, mujer!

MARIA. Pues bien: jóvenes y bellos,
si se sabe que se adoran,
que en la misma casa moran
y aquí nosotros con ellos...
¡Damian!... de nuestra opinion,
de la de esa pobre hija...
¿qué va á ser?... aunque te aflija...

DAMIAN. María... tienes razon.
Yo dejaba al sentimiento
correr... pero bien está:
esta noche quedará
nuestra Luz en un convento.

MARIA. ¡Pobre hija!

DAMIAN. Suerte cruel.

MARIA. Suben?... conozco su paso...

DAMIAN. ¡Vete!

MARIA. Pero ¿vas...

DAMIAN. Acaso;
déjame á solas con él.
(Desaparece María puerta izquierda y se presenta en la del fondo D. Félix.)

ESCENA VIII.

D. FÉLIX, DAMIAN.

DAMIAN. ¡Cuánto le ha tostado el sol!

FELIX. Dame los brazos, Damian.

DAMIAN. Bien venido el capitan,
gloria del suelo español.

FELIX. ¿Y tú?

DAMIAN. Duro de testuz
como siempre y ¡vengan truenos!
FELIX. ¿Los de casa?...
DAMIAN. Todo buenos.
FELIX. ¿Y tambien Luz?
DAMIAN. Lo que es Luz...
está la pobre, señor,
enferma á lo que parece.
FELIX. ¡Está enferma!... y ¿qué padece?
DAMIAN. La enfermedad es... de amor.
FELIX. Enferma de amor... ¿hay tal?
DAMIAN. Esto en su ausencia ha pasado.
FELIX. ¿Y de quién se ha enamorado?
DAMIAN. De don Félix Carvajal.
FELIX. ¡Qué dices!...
DAMIAN. Yo no quería
sobre tal cosa decir;
pero decirlo ó mentir...
y yo no le miento á usía.
FELIX. Del tratamiento te excluyo...
DAMIAN. Ha heredado á un gran señor:
soy humilde pescador,
y... pues, le doy lo que es suyo.
Aunque oscuro, sé guardar
la reverencia debida;
que hay distancias en la vida
que no se pueden juntar.
FELIX. (Es la mano de Clemencia
la mano que siento aquí.)
DAMIAN. Por siempre he pensado así;
pero Luz en su inocencia,
sin saber ni reparar
en las distancias del suelo,
¡ha echado tan alto el vuelo!...
mas yo se lo haré bajar.
La pobre es algo andantesca...
por lo tanto ruego á usía
que perdone su osadía...
¡no sabe lo que se pesca!
FELIX. ¿Qué importa? ese sentimiento
más que ofenderme me honra.
DAMIAN. Pero á ella le deshonra

grandemente; ese es el cuento.
El daño debo atajar...

FELIX. Y ¿qué vas á hacer?

DAMIAN. ¿Qué haría,
si por un momento usía
se encontrára en mi lugar?
¿Cuál sería su partido
al verse en esta ocasion,
como yo, en la situacion
de padre... y de agradecido?

FELIX. Yo... ¿me prometes pasar
por lo que yo...

DAMIAN. Cosa es clara;
como si Dios lo ordenára.

FELIX. Pues déjamelo pensar.

DAMIAN. ¿Me dirá su pensamiento
hoy mismo...

FELIX. Tan apurado
es el trance...

DAMIAN. Es que he pensado
que hoy Luz duerma en un convento.

FELIX. Espera, confía en mí:
justa y noble es tu querella;
pero, Damian... no! no es ella
quien debe salir de aquí.

DAMIAN. Eso usía lo verá;
yo sólo veo el convento...

FELIX. Yo más; déjame un momento
á solas.

DAMIAN. Muy bien está.
(Se retira puerta izquierda.)

ESCENA IX.

FÉLIX.

Salvar quiero esta azarosa
situacion como un valiente;
pero mi salud... ¿consiente
que elija y que tome esposa?
La vida más vigorosa
siento ya... pero ¡qué enredo

en la familia, si cedo!...
Pensemos... vamos á ver...
yo sé lo que debo hacer,
mas no sé si hacerlo puedo.
(Sale Carranza puerta derecha. D. Félix se sienta y medita.)

ESCENA X.

FÉLIX, CARRANZA.

CAR. (La señora me aconseja
que me declare á don Félix,
para que ella y él unidos
mi amorosa empresa arreglen.
Pues andando, que el momento
está diciendo comedme.)
FELIX. (No encuentro mejor salida...)
CAR. Señor don Félix, ¿qué tiene?
¿se siente mal...
FELIX. No por cierto;
no gozo de una excelente
salud, pero casi, casi...
Y bien, Carranza, se viene
de visitar á Clemencia?
CAR. Una visitilla breve...
FELIX. Aún no la he visto. ¿Y qué tal?
CAR. Muy triste, hay algo de fiebre...
llora y llora...
FELIX. ¿Todavía?
tanto ha sentido la muerte
de un marido momentáneo?
CAR. Yo diré á usted; me parece
que piensa más en el vivo
que en el que yace por siempre.
FELIX. Hombre! tan pronto ¿y ya piensa
en maridar nuevamente?
CAR. No digo, ni decir puedo
lo que acerca de ello piense;
pero sólo habla de usted,
de sus juegos inocentes
en los jardines del tio,

de aquellas tardes alegres...

FELIX. ¿Se acuerda?... ¡pobre Clemencia!

CAR. Es un recuerdo perenne...
Y ¡está tan arrepentida
de su boda...

FELIX. ¿Se arrepiente...

CAR. ¡Si le dijeron que usted
era cadáver!.. Y al verse
con las instancias del tio...

FELIX. Pues, claro; eso es evidente.

CAR. Como ahora en el testamento
su señor tio establece
que se case usted con ella...

FELIX. Y si no que se le entregue
todo lo libre...

CAR. Eso es;
la pobre teme...

FELIX. ¿Qué teme?

CAR. Que usted de su matrimonio
escrupulillos conserve,
y no quiera...

FELIX. Lo que estudian...
¡lo que estudian las mujeres!

CAR. ¿Verdad que tales temores
de fundamento carecen?

FELIX. Es muy bella...

CAR. Sí que es bella...
Y eso de soltar los bienes...

FELIX. Eso es lo que importa menos.

CAR. Pues entónces...

FELIX. Es corriente.

CAR. (Ya está arreglada esta boda.)
Don Félix, ¡que amor le eleve...
(La señora no dirá
que el licenciado se duerme.)
Y apropósito de amor:
de lleno voy á ponerme
en sus manos, y confio
en que si usted me protege,
voy á ser el más dichoso
de cuantos mi ciencia ejercen.

FELIX. ¿Qué es ello?

CAR. Es el caso que...
(Pepe desde la puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

DICHOS, PEPE.

PEPE. ¿Carranza?
CAR. (¡El diablo te lleve!)
PEPE. Luz quiere dejar el lecho...
CAR. Hace muy bien si eso quiere,
que es hora de levantarse.
PEPE. Mas no sabemos si debe...
y todos le suplicamos
que la vea y aconseje.
CAR. (Pues no deseo otra cosa
que verla...) Queda pendiente...
FELIX. Sí; vaya usted y hasta luégo,
que aquí Clemencia aparece.
CAR. Pues señor, vamos allá;
y mi pleito... ¡como siempre!

ESCENA XII.

CLEMENCIA, D. FÉLIX.

CLEM. ¿Don Félix ya por aquí?
FELIX. Pensaba en este momento
anunciarme en tu aposento.
CLEM. Cómo!... ¿ibas á verme?
FELIX. Sí;
y en ello un deber cumplía.
CLEM. ¿Deber... buscar mi presencia?
FELIX. Deber, y grato, Clemencia.
CLEM. (¡Ah!... ¡ya no me llama tia!)
Me sorprende tu bondad:
¡tan triste es mi situacion!...
FELIX. Pues por la misma razon...
CLEM. Mucho temía, en verdad...
FELIX. Pues temerosa no estés...
CLEM. Á tu memoria he temido...
FELIX. La he perdido.

CLEM. ¿La has perdido?...
(¡Qué galan y qué cortés!)
¿Y todo pasó?
FELIX. Pasó.
CLEM. ¿Y me has perdonado...
FELIX. Oh!... sí.
CLEM. ¡Ay!... cuánto he pensado en tí!
FELIX. ¿Has pensa lo?... pues ¿y yo?
CLEM. Vivo en constante vigilia...
vacilo... porque, en rigor,
como hoy eres el señor,
el jefe de la familia...
FELIX. El jefe... ¡qué desvarío!...
CLEM. No sé cómo pensarás...
pues creo que ya sabrás
la voluntad de tu tio.
FELIX. Sí, la tengo aquí grabada,
y jamás la olvidaré.
CLEM. Y... ¿qué dices?
FELIX. ¿Sobre qué?
CLEM. Sobre la cláusula...
FELIX. Ah!... Nada.
CLEM. ¡Nada!
FELIX. ¿Qué he de decidir?
lo que otra vez te repito:
ante todo necesito
saber si puedo vivir.
Declarado ya incurable,
¿cómo ha de tomar el nombre
de futuro un pobre hombre...
que no sabe si es viable?
CLEM. Pues yo muy bueno te encuentro.
FELIX. Aparente animacion...
mas puede la procesion, (Señalándose al pecho.)
la procesion ir por dentro.
Por de pronto sólo sé
que respiro sin fatiga;
pero segun lo que diga
la ciencia... resolveré.
CLEM. Y ¿la vas á consultar?...
FELIX. En eso pienso, Clemencia.
CLEM. Y... ¿cuándo hablará la ciencia?

FELIX Le haremos hoy mismo hablar.
CLEM. Hoy!...
FELIX. Si es cosa de un momento...
CLEM. Pues abrigo la esperanza...
FELIX. ¿Quieres enviarme á Carranza?
CLEM. ¿Adónde?
FELIX. Aquí, á mi aposento.
CLEM. Pronto estará en tu presencia.
FELIX. Pues es asunto concluido.
CLEM. Adios, mi enfermo querido.
FELIX. Adios, mi dulce Clemencia.
(Se retira Félix foro izquierda.)

ESCENA XIII.

CLEMENCIA, despues CARRANZA.

CLEM. No ha soltado una palabra,
una palabra formal;
pero el extremado afecto,
la suma cordialidad
que acaba de usar conmigo,
me dan motivo á esperar...
y pues todo lo ha olvidado...
CAR. (Saliendo.) ¡Qué Luz! cada dia más...
CLEM. Carranza, corra usted, vuele...
CAR. Dónde?
CLEM. Esperándole está
don Félix en su aposento...
CAR. Pues?...
CLEM. Le quiere consultar
sobre el actual estado
que tiene su enfermedad.
CAR. ¡Gracias á Dios!... allá voy..
CLEM. No debe usted olvidar
que interesa que esté bueno...
CAR. Á mí me parece tal.
CLEM. Y que si él casa conmigo,
usted con Luz casará.
CAR. Lo de usted es cosa hecha:
si hemos ya hablado...
CLEM. ¿Verdad?

CAR. Y hace poco lo dejé
más blando que un cordoban.
CLEM. Y Luz?
CAR. Bien. Ahí sale Pepe;
los de adentro, cada cual
está como carilargo...
le puede usted preguntar
mientras ausculto á don Félix.
CLEM. Sí, corra usted.
CAR. Voy allá.
(Se retira foro izquierda y sale Pepe puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

CLEMENCIA, PEPE.

CLEM. Bien venido el jóven héroe.
¿Conque es usted ya oficial?
PEPE. Sobre el campo de batalla
he conseguido alcanzar
esta insignia, que he ganado
por una casualidad.
CLEM. ¡Qué modesto!... esas insignias
no se suelen conquistar
sin dar ántes muchas pruebas
de arrojo y serenidad.
PEPE. Todos allí las han dado...
CLEM. No es fácil recompensar
á todos. Reciba usted
mi parabien más cordial.
PEPE. Gracias, señora.
CLEM. Parece
por lo que indica su faz,
que no está muy satisfecho
de su ascenso militar.
PEPE. Sí lo estoy, pues han premiado
mis servicios por demas.
CLEM. Entónces ¿por qué está triste?
¿Se agrabó de Luz el mal?
PEPE. No señora; felizmente
dice el médico que va

mejorando, y puede el lecho
sin peligro abandonar.

CLEM. ¡Pobrecilla! con el alma
lo celebro... ¿Y aún no habrá
podido ver á don Félix?

PEPE. Aún no lo ha visto, ni...

CLEM. ¡Cuán
grande será su impaciencia!

PEPE. Ni espero que lo verá.

CLEM. ¿Qué dice usted? ¿ni hoy ni luégo
verá á don Félix?

PEPE. Jamás.

CLEM. ¿Qué ha pasado?

PEPE. No lo sé.
Mi padre dice que irá
á dormir hoy á un convento...

CLEM. Cómo!... ¿la van á encerrar?...

PEPE. Lo ha dispuesto así mi padre..
cúmplase su voluntad.

CLEM. (Todo va á pedir de boca:
ya me quedé sin rival...)
Mas ¿qué motivo...

PEPE. Lo ignoro;
pero motivos tendrá
mi señor, cuando procede
con tanta severidad.

CLEM. Comprendo muy bien ahora
su tristeza... es natural
que sienta verse privado
del afecto singular
que nos ha inspirado á todos
esa niña angelical.

PEPE. No comprendo lo que pasa;
mi hermana es tan incapaz
de faltar en su inocencia...

CLEM. Justo: una niña ejemplar.

PEPE. Que aquí debe andar sin duda
la mano de Satanás.

CLEM. Eso mismo digo yo;
¿quién sabe lo que será?
á veces se arma un enredo
por la cosa más trivial...

Alguna equivocacion
que el tiempo en claro pondrá;
tal vez un paso indiscreto
de esos muchos que se dan...

PEPE. Ó acaso alguna calumnia,
alguna insigne maldad
de los que ven con envidia
la calma ajena, la paz...

CLEM. (Se va expresando este jóven
con una intencion... ¿sabrá?...)
Confio en que ese mandato
se podrá modificar:
si la causa es causa leve,
los ruegos...

PEPE. No los oirá.
Mi padre no manda mucho;
mas cuando llega á mandar,
no revoca sus mandatos,
ni se vuelve nunca atrás.

(Sale Gamboa por el foro, haciendo grandes esfuerzos para mantenerse derecho.)

ESCENA XV.

DICHOS, GAMBOA.

GAMBOA. Gamboa... mano á la caña...
porq'hay muncha marejá.

PEPE. ¿Qué vienes á hacer aquí?

GAMBOA. ¿Ca qué vengo?... pus... ¡cabal!
¿á qué habré yo aquí viníó?
me paese que... que... á estorbar.

PEPE. Pues vete.

GAMBOA. Está bien, mi arférez.
(Da un vaiven como para retirarse.)
Pero ¿me voy á queá
con el recao drento el cuerpo?

PEPE. ¿Qué recado?

GAMBOA. ¡Pus no es ná!...
Que se runa er consistorio
y tuica la vesindá...

PEPE. Mas ¿para qué?
GAMBOA. Porque on Félix...
CLEM. ¿Félix lo manda?...
GAMBOA. Y ná más.
PEPE. Si nó sabes lo que dices.
GAMBOA. Tamien pué que sea verdá;
porq'hay una brumason...
PEPE. Qué te impide ver y hablar...
GAMBOA. Ezo no!... que ver, zí veo...
Te estoy viendo e capitan,
y aluego de comendante,
y en... en siguía é generá...
PEPE. Basta, basta...
GAMBOA. Y en siguía...

ESCENA XVI.

DICHOS, CARRANZA.

CAR. Cómo!... ¿Aun reunidos no están?
CLEM. Pero ¿quiénes?
CAR. La familia...
Pues no les ha dicho ya
Gamboa...
GAMBOA. Lo estaba isiendo,
mas gorveré á escomensá.
CAR. (Á Pepe.) Avise usted á sus padres:
don Félix quiere anunciar
á todos los de la casa
no sé qué importante plan...
GAMBOA. Ezo es!... que vá echá un risponso
á... á manera e toná...
PEPE. (Retirándose puerta izquierda.)
Voy al momento.
CLEM. (Bajo á Carranza.) Y ¿qué es ello?
CAR. No he podido rastrear...
pero es cosa indubitable
que á darles noticia va
de su boda con usted...
y espero de su bondad
que se ocupen de la mia
para hacerlas á la par.

CLEM. ¿Conque su salud es buena?
¿no inspira temores...
CAR. Cá!
Su juventud vigorosa,
su excelente natural,
y hasta esa poca aprension,
la imperturbabilidad
de su espíritu, han resuelto
la congestion pulmonal
que contrajo en el famoso
combate de Trafalgar,
y desde Bailen disfruta
de más salud que un gañan.
CLEM. Pues si eso les va á decir,
yo no debo presenciar...
Esperaré en mi aposento
y en él cuenta me darán...
CAR. Sí; me parece más propio
de la propia dignidad...
CLEM. Ya entrará usted á decirme...
CAR. En cuanto hable, usted sabrá...
(Se retira Clemencia puerta derecha.)

ESCENA XVII.

CARRANZA, GAMBOA.

GAMBOA. Zeñó méico...
CAR. ¿Qué hay, Gamboa?
GAMBOA. ¿Me quié zu mersé pursá?
Tengo... asina, á mo d'un zueño...
CAR. (Notando el estado de embriaguez de Gamboa.)
No tengo necesidad
de pulsarle...
GAMBOA. Estoy blandengue...
CAR. Sí, sí; váyase á acostar.
GAMBOA. ¡Cómo qué!... ¿estoy tan malito
que dé ya las boqueás?
CAR. No; pero se está cayendo.
GAMBOA. Yo no!... Es la casa que da
unos balanses... Por juersa
q'hoy debe habé tempestá.

ESCENA XVIII.

DICHOS, MARÍA, DAMIAN, PEPE, por la puerta izquierda; DON FÉLIX aparece en el fondo y avanza hasta colocarse en medio de los que están en la escena. GAMBOA, en segundo término, toma diferentes posturas para mantenerse de pie.

FELIX. Pues que el momento es llegado,
pláceme hallaros reunidos;
que es un placer estremado
verse de amor rodeado
entre seres tan queridos.
Como honrado y caballero,
con entera claridad
á todos hablaros quiero,
y que me escucheis espero
con vuestra antigua bondad.
Si algun ligero favor
por acaso os dispensé,
harto pagado quedé
con la ternura, el amor
que en vosotros encontré.
Mientras otros me olvidaban,
y amantes votos cambiaban
por fausto y por vanidad,
de este enfermo aquí cuidaban
con ardiente caridad.
Fué Damian un compañero,
María una madre ha sido;
Pepe un amigo sincero,
y Luz... el claro lucero
que mis sombras ha extinguido.

CAR. (¡Eeh!...)

FELIX. Pero entre Luz y yo,
ninguno decir podrá,
sin calumniarnos, que vió
un gesto ó que un dicho oyó
que fueran indignos.

CAR. (Aah!)

FELIX. Ella por extremo pura
lo que era amor no sabía;

y enfermo yo, no debía
con mi existencia insegura,
revelar lo que sentía.
Pero hoy es otro mi estado:
hoy nueva salud ha entrado
en mí, y la muerte se fué,
segun dice el licenciado.

CAR. Lo certifico y doy fe.

FELIX. Libre me veo del mal
que pudo serme fatal;
y pues que Dios me bendice,
escuchad bien lo que os dice
don Félix de Carvajal.
Amo á Luz, á Luz hermosa.
Tú, María de la Cruz,
y tú, Damian de Espinosa,
¿quereis darme por esposa
á vuestra hija doña Luz?

MARIA. Jesús!... ¿si no habré entendido...

DAMIAN. Señor... yo no sé en conciencia
si está sano mi sentido...

CAR. (Pues he quedado lucido...
aquí de doña Clemencia!)

(Se retira puerta derecha. Gamboa, que se ha montado en una silla, apoya los codos en el respaldo, y se queda dormido columpiándose.)

GAMBOA. Está dando unos bandazos
la casa...

MARIA. Pero, señor...
¿son posibles esos lazos?

DAMIAN. Somos dignos de ese honor?

FELIX. Sí, y que os respondan mis brazos.

DAMIAN. Mas ¿puede en su rectitud
unir gloria y juventud
á pescadores humildes?

FELIX. No pongais tachas ni tildes...
yo busco amor y virtud,
y eso aquí, por varios modos,
se encuentra hasta hundir los codos;
ademas debeis pensar
que el lance de Trafalgar
nos ha ennoblecido á todos.

DAMIAN. Id por mi hija.
(María y Pepe se retiran puerta izquierda.)
Acato y cedo
ante esa hermosa verdad;
y si es esto realidad...
¡máteme Dios!... pues no puedo
con tanta felicidad.

ESCENA XIX.

DICHOS, CARRANZA.

FELIX. ¿Qué dice doña Clemencia?
CAR. Ahí queda con un ataque
de nervios... leve dolencia.
FELIX. Espero que se le aplaque
con lo libre de la herencia.
CAR. Yo tambien voy á partir.
FELIX. ¿Adónde va el licenciado?
CAR. Á Lima: me he desterrado...
Hasta luégo. Debo ir
al Callao... por callado.
(Se retira por el fondo.)
DAMIAN. Pero ¿qué le ha sucedido?
cómo tan pronto dispone
ese viaje...
FELIX. He comprendido
que al pobre no le ha salido
la cuenta.
(Gamboa, profundamente dormido, pierde el equilibrio y cae boca abajo al suelo con la silla, quedándose inmóvil.)
DAMIAN. ¡Dios te perdone!
en ese mismo lugar
le amanecerá mañana.
Dejémosle descansar...
que hoy es dia de arrojar
la casa por la ventana.
(Salen por la puerta izquierda María y Pepe, conduciendo á Luz por la mano.)

ESCENA ÚLTIMA.

MARÍA, LUZ, FÉLIX, DAMIAN, PEPE, GAMBOA, dormido.

MARIA. Hoy, mi Luz, tu pobre madre
va á salir de sus casillas;
y para que más te cuadre,
ven y escucha de rodillas
lo que te diga tu padre. (Luz se arrodilla.)

DAMIAN. Luz, en que tu padre adora,
Dios por tu bien ha ordenado
que de humilde pescadora
asciendas á gran señora:
¡sé digna en tu nuevo estado!
(Tendiendo la mano sobre la cabeza de Luz.)
Tu amante padre, gozoso,
te bendice en este dia. (Levantándola.)
Deja el suelo, ángel hermoso...
¡á mis brazos, hija mia!...
y ¡vuela á los de tu esposo!

LUZ. ¡Vírgen del Cármen piadosa...
qué es lo que estoy escuchando!...
¡yo tan feliz, tan dichosa!...
¡yo de don Félix esposa!...
¡Don Félix!... ¿estoy soñando?

FELIX. No sueña la que soñaba
cuando de aquí me alejé:
te amaba mucho y callé
porque salud me faltaba,
salud que al cabo encontré.
Y hoy te busco de tal suerte.
Luz, *que llevo aquí encendida*,
que sólo para quererte,
vengo de nuevo á la vida
DESDE EL UMBRAL DE LA MUERTE.
(Se abrazan todos y cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

Madrid, 29 de Marzo de 1874.